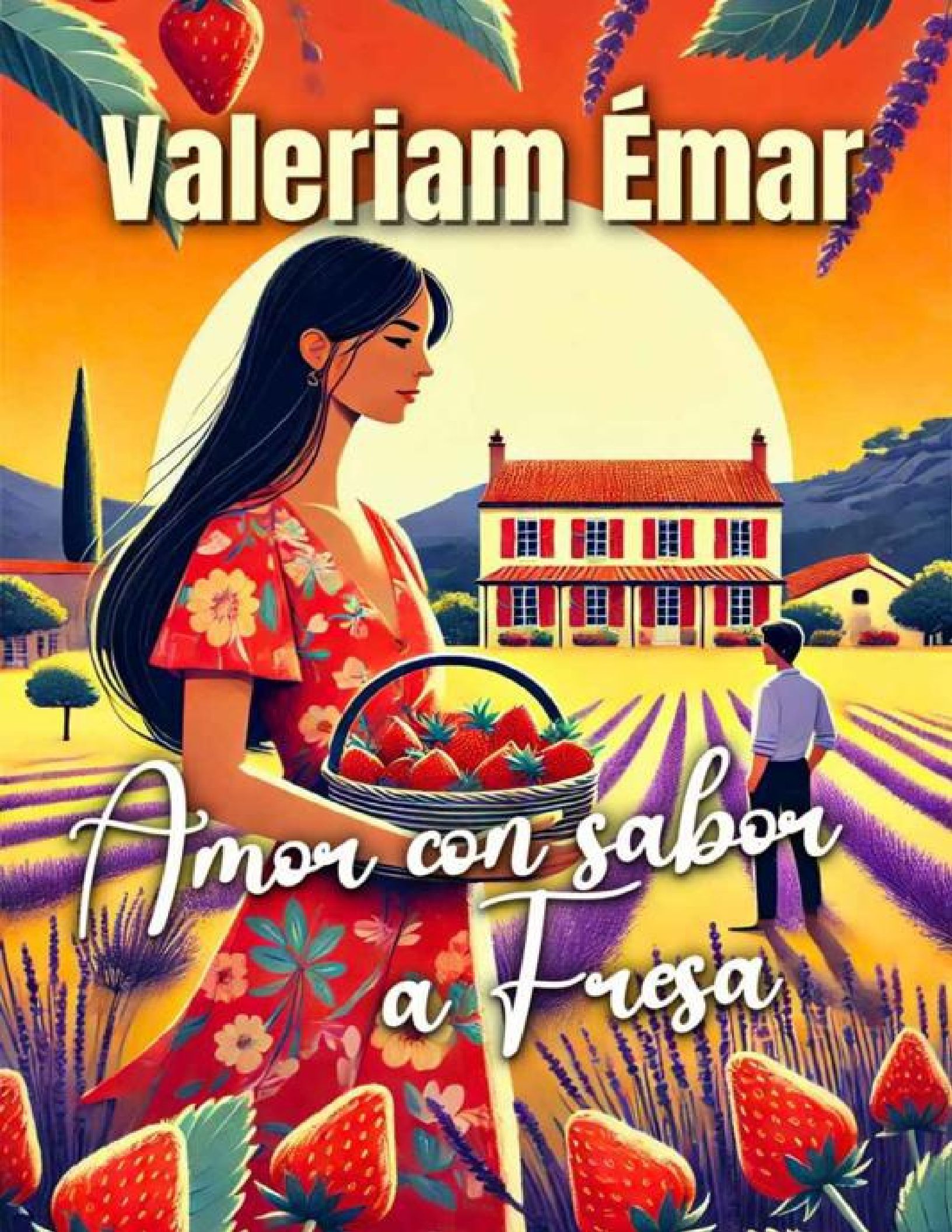


Valeriam Émar

A woman with long dark hair, wearing a red dress with a yellow and white floral pattern, stands in a field of purple lavender. She is holding a woven basket filled with red strawberries. In the background, a man in a light blue shirt and dark pants stands with his back to the viewer, looking towards a two-story house with a red roof and red shutters. The scene is set against a large, bright yellow sun or moon in a warm orange sky. The overall style is a vibrant, stylized illustration.

*Amor con sabor
a Fresa*

AMOR CON SABOR A FRESA

Valerian Émar

Título: Amor con sabor a fresa

Copyright © 2025 Valeriam Émar

Segunda edición

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, fotocopias o difusión a través de internet sin autorización previa del autor, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

SEGUIR EL LINK DE ABAJO PARA CONOCER MÁS OBRAS DE LA AUTORA

<https://amzn.to/302RCnv>

ÍNDICE

PRÓLOGO

1. EL AMERICANO
2. NO SEAS FASTIDIOSO
3. LA CULPA NO ES DE NADIE
4. UNA NOCHE DE LOCURA
5. UNA CITA CON EL NOTARIO
6. LA HERENCIA
7. EL MERCADO
8. EL HOMBRE MISTERIOSO
9. INTRUSOS EN LA CASA
10. EL GALLO CANTA DE MADRUGADA
11. SECRETOS DE FAMILIA
12. UNO POR UNO
13. FORTALEZA REAL
14. EL SECRETO MEJOR GUARDADO
15. EL CALOR DE LA HORNALLA
16. LA FIESTA DE LA FOCACCIA
17. CRUSE DE SENTIMIENTOS
18. ENTRE PROCESIÓN Y ANTORCHAS
19. ENTRE CONFESIONES Y REVELACIONES
20. TÚ DE AQUÍ NO TE VAS

PRÓLOGO

CAM O'CONNEL echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la camilla en la que la enfermera le había pedido que se recostara. Había sufrido un desmayo durante la inauguración de su nuevo restaurante. Su presión arterial estaba por las nubes. Cerró los ojos y bufó al escuchar a su madre entrar en la sala de emergencias.

—¡Oh, por Dios, Cam! —chilló ella—. Es la tercera vez en un mes que te desmayas.

—Y habrá una cuarta si no me regalas un poco de silencio...

Su madre negó con la cabeza y se acercó a la camilla. Le acarició la mandíbula como si todavía fuera un niño y le dio un beso en la frente. Desde que su padre había fallecido, ella se había vuelto mucho más sobreprotectora, y en ocasiones resultaba asfixiante.

—Debes tomarte unas vacaciones, Cam —insistió su madre. Había perdido la cuenta de cuántas veces se lo había sugerido en las últimas semanas.

Cam respiró aliviado al ver que el médico de la familia entraba en la habitación.

—Señora O'Connel, un gusto verla de nuevo esta semana —murmuró el doctor Henry, haciendo algunas anotaciones en la planilla que sostenía.

—Tranquiliza a mi madre y dile que ya estoy bien, que me darás el alta para irme a casa —pidió Cam.

El médico le lanzó una mirada severa por encima de la planilla.

—No voy a mentirle a tu madre, Cam.

—Él no ha hecho nada de lo que le recomendaste, Henry —lo acusó la señora O'Connel—. ¡Ha hecho exactamente lo contrario! ¡Incluso abrió su quinto restaurante en San Francisco!

Cam apretó los labios.

—La inauguración estaba planeada hace meses... —se defendió—. No podía simplemente mandarlo todo al demonio, madre.

Henry lo miró con desaprobación. Como amigo de la familia desde que Cam era un niño, se sentía con el derecho de reprenderlo.

—Creo que no entiendes la gravedad de tu situación, Cam. Es posible que en tu próximo desmayo no despiertes, si continúas con este ritmo de vida —advirtió el médico—. ¿Por qué no escuchas a tu madre y sigues sus consejos?

Cam tragó saliva. No era inmune al miedo a la muerte, pero su pánico a perder su negocio era aún mayor.

—Mis restaurantes no se atienden solos —discutió.

Su madre cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¿Y qué será de tus restaurantes si no despiertas la próxima vez, Cam?

Él resopló, exasperado.

—Papá se las arreglaba bien cuando estaba a cargo, y tú no le decías nada.

—¡Porque teníamos solo dos restaurantes, no cinco! —exclamó su madre, molesta.

—Además, Peter sí se tomaba vacaciones —intervino Henry—. ¿Recuerdas nuestras vacaciones en Colorado, Julie?

La señora O'Connel sonrió con nostalgia.

—¡Oh, sí! Quedamos varados en la carretera un buen rato cuando se pinchó una llanta camino al cañón. ¡Hacía un calor insoportable ese día!

Cam se hundió más en la camilla y puso los ojos en blanco.

—¿Ya puedo irme? —preguntó.

Henry dejó de reír y volvió a fruncir el ceño.

—¿Cuándo fueron tus últimas vacaciones, Cam?

Cam trató de hacer memoria. Hacía años que no se tomaba un descanso. Desde que asumió la responsabilidad de los restaurantes al morir su padre, había trabajado sin parar para que el negocio prosperara. Se había olvidado de su vida social por completo.

—No lo recuerdas, ¿verdad? —señaló Henry.

—Tengo empleados a cargo, no puedo permitirme que el negocio vaya mal —se excusó Cam.

—Cuando tu padre estaba al frente, yo lo ayudaba, y puedo hacer lo mismo contigo —intervino su madre.

—No —se negó él, cortante.

—¿Por qué no?

—Porque has trabajado toda tu vida y no quiero que sigas haciéndolo a esta edad.

El rostro de su madre se contrajo.

—¡Cam O’Connel! ¿Crees que por ser mayor no puedo encargarme de los restaurantes?

—No quise decir eso...

—Perdí a tu padre y no voy a perderte a ti también —continuó ella, alterada—. ¿Recuerdas al pariente del que siempre te he hablado, el que vive en Francia?

Cam suspiró. Su madre volvería con el tema de aquel tío francés, de quien siempre presumía las maravillosas vacaciones de verano que había pasado en su casa durante su juventud.

—¿Y qué tiene que ver ese tío con todo esto, madre?

Ella lo miró con una sonrisa astuta, como si estuviera tramando algo.

—El notario de mi tío Alfred me ha llamado para avisarme que me ha heredado su casa —explicó—. Lo dejó escrito en su testamento antes de morir. ¿Puedes creerlo?

Cam se incorporó de la camilla y comenzó a abotonarse la camisa.

—¿Por qué lo hizo? ¡Si ni siquiera lo visitaste en los últimos años!

—Porque me la heredaba a mí o a su hermano, y parece que estaban muy peleados —respondió ella—. El notario me dijo que la casa está algo descuidada, pero con unas reparaciones podría venderse rápidamente.

Cam entornó los ojos mientras se abrochaba el reloj.

—¿A dónde quieres llegar con todo esto, madre? —preguntó, colocándose la chaqueta del traje.

—Quiero que viajes a Francia, arregles la casa y la vendas.

Él soltó una carcajada seca.

—¡Ni pensarlo!

—Esa no es una mala idea, Cam —intercedió Henry.

Cam le dedicó una sonrisa irónica al médico.

—Tienes razón, es una pésima idea.

—El cambio de aire te haría bien —insistió Henry.

—Haces ese viaje a Francia o juro por Dios que me convertiré en tu sombra para ayudarte con los restaurantes —lo amenazó su madre—. Y sabes que cumpliré mi palabra. ¿Cuál de las dos opciones prefieres?

Escoger entre una u otra opción era como elegir si cortarse una mano o un pie.

—Tu actitud debe ser hereditaria. El tío Alfred murió solo y amargado. No quiero que termines como él, Cam. Tal vez si te casaras...

—¡Está bien, tú ganas, iré a Francia! —la interrumpió. La señaló con un dedo—: Pero que quede claro: arreglo esa maldita casa, regreso y tú no volverás a entrometerte en mi vida.

Julie asintió, sonriente, y Cam supo que su madre jamás cumpliría con esa parte del trato.

1. EL AMERICANO

Najac, Francia...

ERA LA TERCERA vez en el día que Amelia L'Amour escuchaba hablar del sobrino del señor Alfred. En la villa no había persona que no mencionara al americano. Según los rumores, había llegado hacía dos días y, desde entonces, no había salido de la residencia ni una sola vez. Además, había pedido al notario del pueblo que se asegurara de que nadie lo molestara. Aquella presencia misteriosa había despertado la curiosidad de todos.

Amelia dejó el canasto con zanahorias y repollos sobre la mesa de la señora Odette y se volvió hacia ella. Odette era una tía lejana, tan lejana que, a menudo, ambas olvidaban que compartían parentesco.

—¿Así que dice que usted sí vio al americano? —preguntó, fingiendo interés por alguien que ni siquiera se dignó a visitar a su tío enfermo, pero que ahora reclamaba su herencia sin problemas.

—¡Oh, sí, niña! —exclamó Odette, una mujer de ochenta años que se deleitaba espiando a sus vecinos por la ventana de su sala—. Lo vi salir en un coche negro con vidrios polarizados. Debe tener unos sesenta años... y más o menos tu estatura.

Amelia, que apenas medía un metro sesenta, arqueó una ceja. Dudaba que Odette hubiera visto realmente al americano.

—El señor Marlone me dijo que era alto y obeso —comentó Amelia con escepticismo.

Odette resopló y agitó una mano en el aire.

—Tonterías... Marlone siempre quiere ser el primero en dar una noticia y acaba inventando cosas.

Amelia esbozó una ligera sonrisa. En realidad, pensaba que todos en la villa soltaban cualquier disparate con tal de tener la primicia.

—Espero que no sea cierto lo que escuché de que pretende abrir un casino en la casa del señor Alfred —añadió Odette con el ceño fruncido.

Amelia parpadeó, sorprendida.

—¿Un casino? —repitió—. Yo oí que planeaba abrir un hotel boutique.

—También se mencionó que su sobrino pensaba derribar la residencia por completo.

Amelia apretó los labios, indignada.

—¡No puede derribarla! —chilló—. El señor Alfred jamás lo habría permitido.

—El señor Alfred debió elegir mejor a quién dejarle su casa —repuso Odette con desdén—. Así se lo tiene merecido. Tú le hiciste compañía en sus últimos años y no te dejó ni un jarrón.

—Yo disfrutaba acompañarlo, no lo hacía buscando nada a cambio.

—Tráeme un vaso de agua —pidió la anciana, malhumorada.

Amelia sacudió la cabeza, fue hasta la nevera, sacó la jarra con agua fría y llenó un vaso. Luego ayudó a Odette a acercarse al ventilador, ya que hacía un calor sofocante en aquel agosto. La mujer le tomó la mano y examinó sus uñas descuidadas.

—Deberías cuidar un poco más tu aspecto, Amelia —comentó—. Deberías imitar a...

—A Kamile —completó Amelia, anticipándose.

Kamile era su hermosa hermana menor.

—En mis tiempos, si la hermana menor se casaba antes que la mayor, era una vergüenza —murmuró Odette—. Y tú ya no eres tan jovencita. A tu edad yo tenía tres hijos.

Para Odette, que una mujer de veintiséis años no estuviera casada era señal de soltería eterna.

—Tal vez no quiera casarme —replicó Amelia, alzando el mentón.

—Tonterías, todas las mujeres han pensado en casarse alguna vez.

—Yo no soy como todas las mujeres.

—Ya veo que no. Otra en tu lugar se habría mudado a una ciudad más grande, en vez de quedarse en un pueblo para dedicarse a una huerta.

—Huerta orgánica —aclaró Amelia con orgullo—. Y bien que te gustan mis tomates.

Odette bufó con desdén.

—Te compro las verduras porque eres la única que hace entregas a domicilio.

Amelia entrecerró los ojos, haciendo una mueca.

—Hmm... sí, claro —masculló, chasqueando la lengua—. Debo seguir con mis entregas, Odette. Nos vemos mañana.

—No te olvides de recoger mi vestido en la modista y traérmelo para la fiesta de esta noche —dijo la anciana.

Amelia frunció el ceño.

—¿Tú también irás?

—¿Y perderme la oportunidad de conocer al sobrino de Alfred?

Amelia alzó la mirada hacia el techo.

—Llevo dos días escuchando quejas porque el americano no se deja ver, ¿y ahora piensan hacerle una fiesta de bienvenida?

—En la villa somos un puñado de curiosos, querida —soltó Odette—. Admítelo, tú también mueres de intriga por saber cómo es ese hombre que ocupa la casa de Alfred.

Amelia se encogió de hombros. Solo un poco. ¡De acuerdo, mucho! Estaba ansiosa por saber quién era ese sobrino aprovechado. Después de todo, ella también era parte de aquella villa.

—Debo irme...

—No te olvides mi vestido, Amelia.

—No lo haré —aseguró antes de salir por la puerta.

Amelia colocó el canasto vacío en el carrito enganchado a su bicicleta, listo para continuar con las entregas de frutas y verduras. Aún le quedaban dos paradas. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Escuchó el golpeteo del bastón del señor Lebran contra el suelo y miró por encima del hombro para asegurarse. ¡Demonios! Subió de inmediato a la bicicleta, con la esperanza de que él no la hubiera visto.

El señor Lebran era uno de los hombres más malhumorado de la villa y parecía disfrutar desahogándose con ella.

—¡Amelia!

Cerró los ojos y soltó un suspiro.

—Sé que ya me viste... necesito hablar contigo.

A veces deseaba que la villa tuviera más de una sola avenida y estuviera llena de callejones en los que pudiera perderse. Tomó aire, se giró y mostró una amplia sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Lebran?

Él se detuvo frente a ella y usó su inhalador antes de responder:

—Tus lechugas son una porquería —se quejó—. Tuve que tirarlas a la basura esta mañana porque se pudrieron.

Amelia esperaba que el señor Lebran saldría con una queja nueva. Siempre era el mismo problema.

—Por eso le aconsejo comprar menos cantidad —explicó con calma—. Si no las consume a tiempo, se echan a perder.

—Quiero que me devuelvas mi dinero.

—¡Pero me compró las lechugas hace dos semanas!

—Le diré a todos que me estás estafando.

Amelia apretó la mandíbula.

—No lo estoy estafando.

—¡Me vendiste lechuga podrida! —chilló él.

Amelia miró de un lado a otro para asegurarse de que nadie más estuviera escuchando.

—Está bien, señor Lebran, le devolveré su dinero —aceptó entre dientes.

Él siempre se salía con la suya, y honestamente, ella no deseaba prolongar la discusión. Amelia maldijo en voz baja. Abrió su billetera y descubrió, para su mala suerte, que no tenía cambio.

—Lo siento, señor Lebran, no tengo el importe exacto.

Él le arrebató el billete de la mano.

—No importa, el resto será por el mal momento que me hiciste pasar —anunció, guardando el dinero en el bolsillo del pantalón.

«Paciencia, Amelia, solo es un hombre de casi ochenta años», se recordó. Forzó una sonrisa.

—Como usted diga, señor Lebran.

—Y no olvides llevar tus tartas de fresas a la fiesta de mañana.

—Creí que no le gustaban las fiestas —comentó Amelia, desconcertada.

—No me gustan —admitió él—, pero quiero conocer al americano.

Ella negó con la cabeza.

—¿Usted también?

Él se inclinó hacia ella y susurró:

—Oí que el americano es transexual, y nunca he visto uno de cerca.

¿De dónde demonios sacaba la gente tantas historias?

—Debo seguir con mis entregas —dijo Amelia, zanjando el tema.

Enganchó los pies en los pedales de la bicicleta y se alejó.

—¡No olvides las tartas de fresas! —gritó él a sus espaldas.

—¡No lo haré! —respondió sin voltear.

2. NO SEAS FASTIDIOSO

PEDALEÓ con el sol de frente, bordeando una hilera de casas de madera y piedra de origen medieval, que conducían a la entrada de un castillo en la cima de la montaña. Vivía en una villa detenida en el tiempo, un pueblo tradicional del sur de Francia donde cada casa guardaba una historia que contar. Luego se preguntaban por qué no había abandonado el pueblo, como hicieron tantos otros jóvenes. Amelia inhaló el aire fresco de la mañana y sonrió.

Alzó una mano para saludar a Juliette, quien a duras penas caminaba con su enorme barriga. Daría a luz en unas semanas. Parecía que sería otro día normal: el señor Dimitrio barría la acera a la misma hora de siempre, el panadero discutía con el peluquero, la señora Constanza paseaba a sus dos caniches, las chismosas del pueblo compartían las últimas habladurías, y su madre entraba a la carnicería a comprar mollejas de cordero... aunque en realidad solo era una excusa para coquetear con el carnicero.

Amelia hizo su primera parada en la tienda de su mejor amiga, Denisse, quien también había decidido quedarse y atender el negocio familiar en vez de marcharse a la ciudad. Aunque Amelia sospechaba que eso era más bien una excusa para estar cerca de Benito, el bombero del pueblo. Todos notaban el interés mutuo, pero ninguno se atrevía a dar el primer paso.

Bajó de la bicicleta y entró en la única pinturería del lugar. Denisse le sonrió desde detrás del mostrador. Ambas tenían la misma edad y se estaban ganando la fama de solteronas, pero se lo tomaban con humor. Denisse era alta, delgada, morena y con rasgos exóticos.

—¿Café? —ofreció Denisse.

Amelia negó con la cabeza.

—Ya llevo dos tazas —contestó—. Me espera un día largo, todavía tengo que subirle el dobladillo al vestido de Kamila.

Denisse puso los ojos en blanco. Le molestaba cada vez que Amelia hacía favores a su hermana.

—Kamila podría haber llevado su vestido a una modista, ¿no?

Amelia soltó un bufido.

—No empieces con lo mismo de siempre, Denisse...

—Debes dejar que la princesita resuelva sus propios problemas —repuso ella—. ¿Acaso alguna vez hizo algo por ti?

—No llevo la cuenta de esas cosas.

—Deberías, así reaccionarías...

—¿Te ha salido una cana? —la interrumpió Amelia, para cambiar de tema.

Denisse se giró hacia el espejo detrás del mostrador.

—¡No puede ser! —chilló, revisando el mechón castaño que le caía sobre la frente—. Yo juraba que el tinte las había cubierto.

Amelia sonrió con inocencia.

—Tal vez me confundí con el reflejo del sol.

Denisse respiró aliviada.

—Benito no debe enterarse de que me tiño el cabello —comentó, pasándose la mano por el pelo—. Le dije que tenía veintidós años.

Amelia alzó una ceja.

—Benito creció en este mismo pueblo, sabe que eso no es cierto.

Denisse la miró por encima del hombro.

—Él me dijo que parezco de dieciocho.

—Pobre hombre, ya no sabe qué más decir para que le des una oportunidad.

—Benito no me gusta —fingió Denisse su desinterés.

—Bien, y yo mañana viajaré a Saturno —replicó Amelia con sarcasmo.

De pronto, se oyó la sirena del camión de bomberos. Eran las diez de la mañana, la señal para que Denisse fuera a llevarle el café a Benito.

—¿Me cuidas la tienda un momento? —pidió Denisse, aunque sonó más a una orden.

—¿Qué? ¡No puedo! Tengo que seguir repartiendo verduras.

Denisse juntó las manos y puso carita triste.

—Por favor, Amelia, serán solo unos minutos. Quiero saber si Benito irá a la fiesta de esta noche.

“Unos minutos” solían convertirse en horas. Amelia suspiró.

—Pensé que no iríamos a la fiesta, que nos quedaríamos viendo películas de terror.

—¿Películas de terror mientras todo el pueblo se divierte?

“Sí”, pensó Amelia, pero sabía que su idea no sonaba nada atractiva. Fingió indiferencia agitando una mano.

—¡Ve a buscar a Benito! —accedió con fastidio—. Pero haz el esfuerzo de regresar pronto.

Denisse salió de detrás del mostrador y la abrazó.

—¡Gracias! ¡La pasaremos genial en la fiesta!

Amelia respiró aliviada cuando el señor Mike finalmente escogió la brocha para pintar la silla de su jardín. Si existiera un premio a la indecisión, él ganaría sin lugar a dudas. Colocó la brocha en una bolsa y se la entregó.

—Luego me cuenta cómo le quedó la silla —murmuró Amelia, forzando una sonrisa.

—Deberías hacerte cargo de la tienda de pinturas, Amelia —comentó Mike—. Y deberían despedir a la otra empleada, esa que se queja cada vez que entro por esa puerta —añadió, señalándola con el dedo.

La “otra empleada” era en realidad la dueña de la tienda, y él no era precisamente un cliente agradable.

—Solo estoy cubriendo a Denisse hasta que regrese de sus mandados —explicó—. Además, tengo mi propio negocio. ¿Recuerda mi huerta orgánica?

—¡Oh, sí! —gimió Mike—. Tú eres la que tiene una hermana que parece una muñequita. Mi esposa y yo siempre dijimos qué lástima que la hija mayor de Marie no heredara sus genes.

Amelia apretó los labios.

—Gracias...

Mike abrió mucho los ojos detrás de sus gafas de lectura.

—Pero eres muy simpática, querida —se corrigió.

“Simpática.” A veces era mejor que guardaran silencio. Amelia abrió la caja registradora y sacó el cambio.

—Que tenga un buen día, señor Mike.

Sacudió la cabeza en cuanto él salió por la puerta. Sería la última vez que le haría el favor a Denisse. Todavía tenía varios pedidos que repartir y su amiga no aparecía. ¡Maldición! Siempre le hacía lo mismo. Buscó el teléfono en su bolso y la llamó. Escuchó el sonido de un móvil tras ella y levantó la mirada al techo. Denisse se había dejado el teléfono en la tienda. Genial.

Se agachó para sacar un cuaderno del último cajón del mostrador y dejarle una nota a su amiga. Soltó una maldición cuando se golpeó la rodilla con la esquina del cajón. Las campanitas de la puerta sonaron de nuevo.

—Las brochas que compró son las adecuadas, señor Mike —farfulló sin mirar.

—No soy el señor Mike —respondió una voz masculina.

Amelia alzó la vista de golpe. Definitivamente no era Mike. Este hombre tenía la mitad de su edad y era condenadamente atractivo. Tragó saliva. Él se quitó las gafas de aviador y ella se fijó en sus ojos verdes. Vestía una camiseta blanca y unos jeans Levi’s gastados. Sin duda no era de la villa; parecía un turista perdido.

—Lo siento, pensé que...

—¿Qué tienes para la humedad? —la interrumpió con brusquedad.

El “turista” no parecía muy amigable.

—Me gustaría ayudarlo, pero...

—¿No tienes nada? —volvió a interrumpirla con tono impaciente.

—No trabajo aquí y no sé...

—¿Dónde está la empleada? —preguntó, mirando alrededor.

La había vuelto a interrumpir. Amelia respiró hondo.

—La empleada vendrá en un momento, pero si necesita algo más, tal vez pueda ayudarlo —respondió con rapidez, por si volvía a cortarla.

El cliente la observó unos instantes antes de hablar:

—Bien, necesito pintura blanca, cinta para pared, lija, espátula... —empezó a enumerar.

—Comencemos con la pintura.

Amelia salió de detrás del mostrador y caminó entre las latas apiladas que exhibían los nuevos colores, y se acercó a los estantes. El hombre la siguió. Ella lo miró de reojo. Estaba segura de que no era del pueblo, pero su rostro le parecía vagamente familiar. Se aclaró la garganta.

—No es de por aquí, ¿verdad?

—No.

Su acento era extranjero, pero hablaba muy bien francés. ¿Inglés, quizá? ¿Alemán?

—¿Es su primera vez en la villa?

—Sí.

—¿Es turista?

—No.

—¿Entonces está aquí por trabajo?

—Muéstreme la pintura, estoy apurado —exigió él, consultando su reloj.

—Oh, claro.

“Idiota”, pensó. Le mostró las distintas marcas disponibles. Por supuesto, a él le interesaba la que estaba en el estante más alto. Amelia buscó con la mirada una escalera.

—Tenemos una marca similar a esa —le señaló otra que estaba más a su alcance—. Tal vez...

—Me llevaré la que le pedí al principio —la interrumpió él, sin apartar la vista de la pantalla de su móvil.

“¡No seas fastidioso!”, pensó Amelia.

—¿Seguro que no quiere ver la otra opción?

Él la miró por unos segundos.

—Seguro.

Amelia respiró hondo, tomó la escalera y subió para alcanzar la pintura que el cliente

quería. Apretó los labios mientras hacía fuerza para sostener el tacho de veinte litros. Sintió que la escalera se balanceaba y abrió los ojos, alarmada. Miró al turista en busca de ayuda, pero él seguía entretenido con su teléfono. El peso se le hizo insoportable y el bote de pintura se le resbaló de las manos. “PLAF”, sonó al impactar contra el suelo.

—¡Maldita sea! —gruñó él, retrocediendo.

Amelia bajó rápidamente. Se cubrió la boca con la mano al ver que el cliente había quedado salpicado de pintura blanca. Él se levantó la camiseta para limpiarse el rostro, dejando a la vista un abdomen plano y bien definido. Ella se humedeció el labio inferior sin darse cuenta.

—¡Qué inútil eres! —gritó el hombre, furioso.

Amelia estuvo a punto de contestar su grosería, pero se contuvo. Observó que, al intentar limpiarse, el hombre había esparcido más pintura en su mandíbula. Podría avisarle, pero ese tipo no se lo merecía. Mordió sus labios para contener la risa.

—¿Te estás riendo de mí?

—No.

La risa se le escapó antes de poder controlarla.

—¡Si fueses una de mis empleadas, te despediría en un instante! —exclamó, chasqueando los dedos.

Amelia parpadeó. Ya era suficiente.

—¡Pero no soy su empleada, ni trabajo aquí!

—¿Y qué diablos haces entonces?

Ella puso las manos en la cintura y alzó el mentón.

—Estoy cubriendo a la dueña de la tienda...

—Menudo favor le haces.

—¡Oiga! Podría haberme ayudado con la pintura, pero prefirió jugar con su móvil.

Él la miró con una sonrisa astuta.

—¡No estaba jugando...! —se detuvo—. ¿No era más fácil pedirme ayuda?

Amelia sonrió con ironía.

—¿Me ayuda a bajar el otro bote de pintura?

—No compraré nada aquí.

—Esta es la única tienda de la villa.

—No será la única en toda Francia.

—¿Qué espera para irse?

—¡Me voy ahora mismo!

—¡Bien!

Lo acompañó hasta la puerta.

—Eres una pésima vendedora —masculló él antes de salir.

—¡Y tú un cliente insoportable!

Apretó las manos a los costados y soltó un bufido. Pocas personas lograban sacarla de quicio y ese tipo era una de ellas. Sacudió la cabeza y miró hacia el lugar donde había dejado su bicicleta. Los caniches de la señora Constanza estaban orinando sobre el carrito de las verduras.

Corrió hacia ellos, gritándoles para que se apartaran.

—¡No les grites a mis pequeños! —se quejó la dueña de los caniches.

—¡Están orinando mis verduras! —replicó Amelia, molesta.

—¡Es tú culpa por dejar la verdura tirada en la calle!

Amelia abrió la boca, indignada.

—¡Maldita sea! ¡No están tiradas, están en un carro!

La señora Constanza la miró ofendida, alzando a sus caniches en brazos.

—¿Acabas de insultarme, Amelia?

Amelia respiró hondo y contó hasta tres.

—Lo siento, no quise gritarle. No estoy teniendo un buen día.

La señora Constanza enarcó una ceja.

—De todos modos, no te salvarás de que te envíe la cuenta del veterinario.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mis pequeños son alérgicos a la lechuga y han comido de la que dejaste tirada —afirmó, dándole la espalda para continuar su camino.

Amelia chasqueó la lengua.

—¡No he dejado tiradas mis verduras...! —exclamó con frustración, pero ya nadie la escuchaba.

3. LA CULPA NO ES DE NADIE

AMELIA llegó a casa tras un día agotador. Dejó las llaves sobre la mesita de la entrada y se dirigió a la sala, donde se dejó caer en el sofá que su madre acababa de tapizar con flores amarillas. A Marie L'Amour le encantaban las flores y el estilo rococó, siempre al borde del mal gusto. Amelia se encogió de hombros al escuchar los gritos de su madre, que bajaba las escaleras hecha una furia.

—¡Amelia! —chilló—. ¡Mira la hora que es! Kamile necesitaba que le subieras el ruedo de su vestido.

Amelia tomó un almohadón, hundió el rostro contra él y resopló.

—Lo siento... olvidé el vestido de Kamile.

Su madre puso los brazos en jarra y negó con la cabeza.

—Kamile tuvo que comprarse un vestido nuevo para la fiesta de esta noche.

Amelia alzó la vista de golpe.

—¿Un vestido nuevo? —repitió—. ¡No estábamos en condiciones de comprar nada más! —le reclamó, molesta.

—Entonces deberías haber llegado antes para cumplir con la promesa que le hiciste a tu hermana.

Marie L'Amour las había criado como madre soltera. El padre de Amelia y Kamile se marchó a comprar cigarrillos y nunca volvió. A veces Amelia comprendía la decisión de su padre; solo lamentaba que no la hubiera llevado con él. Su madre no deseaba que sus hijas repitieran su propio error de enamorarse de un hombre que no valía la pena. Marie L'Amour, antigua reina de belleza en un concurso local: la pata de jamón, terminó vendiendo verduras en el mercado con dos hijas y sin marido. Desde entonces, su orgullo seguía herido al ver sus sueños de modelaje frustrados cuando se enteró de que estaba embarazada. Pero todavía conservaba su belleza y elegancia.

Había intentado que ambas hijas se marcharan de la villa, pero no tuvo éxito con Amelia, así que concentró todos sus esfuerzos en Kamile, su dulce y hermosa hija menor. El destino de

Kamile parecía claro: desfilas en las grandes pasarelas de París y casarse con un millonario.

—¿Cuánto nos costó el vestido? —preguntó Amelia con cuidado, tratando de prepararse para la respuesta.

Su madre levantó el mentón.

—Cada centavo valió la pena —repuso—. Kamile debe lucirse en la fiesta; tal vez el americano se fije en ella.

Amelia puso los ojos en blanco.

—¡Ni siquiera sabemos cómo es ese tipo! —protestó.

—Es el heredero de la casa del señor Alfred, ¿no?

—¡Podría tener ochenta años o... ser transexual!

—¡Santo cielo, Amelia! No te dejes llevar por los chismes del pueblo —murmuró Marie—. Levántate de ese sofá y ve a cambiarte, se nos hace tarde.

—No iré...

El rostro de su madre enrojeció.

—Chica tonta, puede que tengas suerte y resulte que el americano tenga ochenta años. Así podrías cuidarlo como hiciste con el señor Alfred, y quién sabe, tal vez un día te deje su casa.

Amelia batió sus pestañas oscuras y largas, incrédula.

—A veces eres tan desagradable, Marie —susurró, levantándose de un salto—. ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¡Y esta vez no pienso pagar el vestido de Kamile!

—¡Qué crueldad, Amelia! —gritó Marie—. ¡Solo un hombre en su lecho de muerte podría aguantarte! Si no cambias de carácter, vas a quedarte solterona el resto de tu vida.

Entonces Kamile bajó las escaleras como una princesa: cabello rubio, ojos azules y su nuevo vestido. Mientras tanto, Amelia apenas podía costearse un par de bragas. La rabia se le acumuló en el pecho.

—¡Tú pagarás por tu vestido, Kamile! —le soltó, señalándola con el dedo.

—¡Mamá! —chilló su hermana, buscando respaldo en Marie.

—No seas egoísta, Amelia —la reprendió su madre.

Kamile se echó el pelo hacia atrás de los hombros.

—Te lo devolveré cuando las grandes marcas de moda me contraten.

—¿Y mientras tanto, tengo que costear todos tus caprichos?

—Vete a cambiar, Amelia... —terció Marie—. Aunque da igual cómo vayas vestida: con Kamile a nuestro lado, todas las miradas se fijarán en ella, y tal vez eso te favorezca de alguna manera.

Amelia sintió un pinchazo en el pecho. De acuerdo, no era una belleza como su hermana, había heredado los genes de su padre. Pero también era mujer y conservaba un poco de vanidad.

—¿Entonces para qué quieres que vaya, si nadie me va a notar? —objetó.

Marie resopló.

—¡Eres imposible, Amelia! ¿No podrías ser más considerada con tu madre, solo esta vez?

—Terminarás siendo una solterona igual que la señora de los caniches —se burló Kamile—. Pero no te preocupes, cuando sea una supermodelo, te contrataré como mi asistente.

Amelia entornó los ojos.

—Qué atenta por tu parte...

Tener la casa para sí misma después de un día tan agotador resultaba bastante reconfortante. Su plan de ver una película en pijama era mucho más tentador que asistir a la fiesta de bienvenida para “el americano”. Sacó un refresco del refrigerador y metió unas palomitas en el microondas. Soltó una maldición cuando el pantalón se enganchó en la manija rota de la alacena; Kamile debía cambiarla desde hacía días. Al revisar la tela, descubrió que tenía un rasgón en el muslo izquierdo. Bufó con fastidio.

Sacó las palomitas del microondas y se dirigió a la sala. Vería Casablanca por enésima vez. Subió los pies sobre la pequeña mesa que tenía enfrente y tomó el control remoto para encender el televisor. Nadie iba a arruinar su momento de paz. Se hundió en el sofá y sonrió.

Entonces su teléfono comenzó a sonar. “¡Maldita sea!”, pensó. ¿Acaso no merecía un instante de tranquilidad? Agarró el móvil y contestó por inercia, sin despegar la mirada de la película.

—No necesitas que vaya a la fiesta, Denisse, ahora tienes a Benito como compañía —dijo distraída.

Al otro lado de la línea escuchó cómo se aclaraban la garganta.

—Soy Juliette, Amelia —la corrigió.

Juliette era una de sus clientas fieles.

—¿Ocurre algo? ¿Ya vas a tener a tu bebé?

—¡Oh, no! —gimió Juliette—. Todavía faltan algunos unos días para eso. Me enteré de que no irías a la fiesta.

“Qué rápido corren los rumores”, pensó Amelia, llevándose un puñado de palomitas a la boca.

—Y se me han antojado unas fresas de tu huerta —continuó Juliette—. ¿Crees que podrías traerme una bandeja?

Amelia frunció el ceño.

—¿A esta hora, Juliette? Puedo llevártelas mañana temprano.

—Lo sé, pero los antojos no tienen horario —repuso—. No querrás que mi bebé nazca con una mancha de fresa en la frente, ¿verdad?

Amelia chasqueó la lengua. Adiós tranquilidad.

—Pero si no puedes...

Ella respiró hondo.

—Te llevaré las fresas, Juliette.

—¡Oh, Amelia, eres un amor!

Después de colgar, Amelia se levantó del sofá. Casablanca podía esperar unos minutos más. No podía negarse a la petición de una mujer embarazada. Sintió pereza de quitarse el pijama y tomó del armario un tapado ligero para cubrir la rotura de su pantalón en el trasero. Luego acomodó la bandeja con fresas en la canasta delantera de la bicicleta de su hermana Kamile y salió para hacer la entrega.

Las calles estaban desiertas; no se veía un alma. Al parecer, todos habían asistido a la fiesta. Mejor para ella. Así no habría testigos de la “solterona” Amelia paseando en bicicleta de

noche y en pijama. Sonrió ante la idea. Entornó los ojos cuando la luz de un coche la encegueció. Se hizo a un lado, pero el vehículo también lo hizo, y parecía no tener intención de frenar. Abrió los ojos con pánico y saltó de la bicicleta antes de que el coche la embistiera. Lo siguiente que oyó fue el chirrido de los frenos.

El conductor salió rápidamente y se acercó a ella. Amelia se levantó de un tirón y se sacudió las manos.

—¿Estás bien? —preguntó él con preocupación—. De verdad lo siento mucho.

La oscuridad de la noche ocultaba el rostro del malnacido.

—¿Acaso estás borracho? —gruñó Amelia, quitándose unas hojas del cabello.

—Lo lamento de verdad, fue un segundo de descuido cuando quise agarrar el teléfono que se me cayó.

—Un segundo de descuido que casi me cuesta la vida.

Él avanzó un paso y dejó que la luz de la luna iluminara su cara.

—¿Tú? —rugió Amelia, frunciendo el ceño—. ¡Admite que lo hiciste a propósito, por lo del tacho de pintura que te tiré encima!

Aunque se había bañado y se veía malditamente más atractivo que en la mañana, supo que era el mismo cliente insoportable. Ese rostro no se olvidaba fácilmente.

—¡Tú eres...! —él soltó una maldición y comprendió quién era ella—. ¡La vendedora de esta mañana!

Amelia sintió un tirón en la pierna y cojeó hasta la bicicleta.

—Déjame ayudarte... —ofreció él, extendiendo un brazo.

Ella apartó su mano con un movimiento brusco.

—No necesito tu ayuda.

Amelia soltó un bufido al ver la bicicleta, completamente doblada por la mitad.

—Te la pagaré —dijo él desde atrás.

Ella se volteó en seco.

—¡Claro que la pagarás! —exclamo. Luego abrió mucho los ojos al ver sus movimientos, y añadió—: ¿Qué crees que haces?

Él cargó la bicicleta y la metió en la cajuela del coche sin pedir permiso.

—Acabo de atropellarte, lo mínimo que puedo hacer es llevarte a donde ibas.

—¡Ni muerta me subo a tu coche!

Él negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Tranquila, no eres mi tipo, cariño.

Amelia le creyó. Por más idiota que fuera, aquel hombre era atractivo y conducía un auto importado. Habría sido la combinación perfecta para Kamile. Frunció el ceño. ¿Tanto dinero podía ganar un pintor?

—Tú tampoco eres el mío —replicó. Le tomó una foto a la matrícula del coche y se la envió a Denisse—. Soy una mujer precavida —murmuró mordaz.

—Será mejor que cierres la boca y me digas adónde debo llevarte, antes de que me arrepienta y te toque caminar cojeando hasta donde sea que vayas —repuso con poca paciencia.

Por mucho que le molestara, él tenía razón. La pierna le dolía demasiado para continuar. Buscó la bandeja con fresas y agradeció que la mayoría no se hubieran dañado. Se subió al coche y lo miró directo a los ojos.

—Me llevarás a casa de mi clienta, esperarás a que entregue las fresas y luego me acompañarás de regreso. Me he torcido el tobillo por tu culpa y no puedo caminar —le exigió.

—Bien, ya dije que lo sentía —respondió él—. ¿Prefieres que te lleve al hospital para que te revisen?

—Primero haz lo que te pedí.

Él encendió el motor y arrancó.

—Como quieras, pequeña prepotente.

Ella abrió la boca, ofendida. ¿Prepotente? ¡Nadie la había llamado así!

—Y tú eres un fastidioso —murmuró.

Él le echó una mirada rápida.

—Dime a dónde debo llevarte, así terminaremos más pronto este infierno.

—Dos cuadras más adelante —indicó Amelia—. Y que sepas que para mí también es un infierno.

Notó algo parecido a una sonrisa en los labios de él.

—Me llamo Cam...

Ella no contestó y se limitó a mirar por la ventana.

—Esta sería la parte en la que te presentas —añadió él.

—Amelia, y preferiría no hablar contigo.

—Al menos coincidimos en algo, cariño.

Unos segundos después, ella se vio obligada a hablar de nuevo.

—Detente aquí —pidió.

Él estacionó el coche delante de la casa de Juliette.

—Regresaré en unos minutos.

—Solo te esperaré cinco minutos —le advirtió.

Amelia esbozó una sonrisa sarcástica y le mostró el dedo medio antes de bajar. En menos tiempo del previsto, regresó acompañada por Juliette. Abrió la puerta trasera, se quitó el abrigo y lo dejó sobre el asiento, luego ayudó a su clienta a subir.

—¿Quién es ella? —preguntó Cam, con el ceño fruncido.

—Cambios de planes, iremos al hospital.

—¿Te sientes mal?

—No, pero mi clienta acaba de romper bolsa y está a punto de dar a luz.

4. UNA NOCHE DE LOCURA

CAM MIRÓ hacia el asiento trasero a través del espejo retrovisor. “¡Madre mía!”, pensó. Que la embarazada no fuera a dar a luz en su coche. Observó con el ceño fruncido a la mujer que solo le había traído desgracias desde que la conoció.

—Mi trato era contigo —dijo entre dientes—. ¿Por qué está ella aquí?

Amelia cerró la puerta de un portazo antes de responder:

—Su esposo está de viaje y no tiene a nadie que la lleve al hospital. —Se inclinó entre los dos asientos, tomó la mano de Juliette y la animó a respirar con calma—. Tranquila, Juliette, todo va a salir bien.

Un escalofrío recorrió a Cam; nunca había pasado por algo así.

—¿Dónde queda el hospital? —preguntó.

—¡Sigue derecho! —exclamó Amelia, nerviosa—. En este maldito pueblo solo hay una avenida.

—Si vuelves a gritarme, vas cargando tú sola a la embarazada hasta el hospital —replicó él, tan irritado como ella, mientras encendía el motor.

—¡Arranca de una vez, imbécil, que estoy a punto de parir! —chilló Juliette entre contracciones.

—¡Intenta no ensuciar el asiento! —soltó Cam, sin pensar.

—¿Pero eres idiota? —gruñó Amelia.

Cam pisó el acelerador a fondo, concentrándose en la carretera. No quería presenciar un parto en su coche. Maldijo en silencio a su madre, a su médico y al tío que ni siquiera conoció. Se suponía que había llegado a Francia para descansar; ¡qué alguien lo fulminara si terminaba su noche de partero!

—¡Oh, por Dios! —gimió Juliette—. ¡Creo que el bebé ya viene!

Cam miró rápidamente hacia atrás.

—¡Dile a tu hijo que ni se le ocurra asomar la cabeza por tu vagina! —exigió, presa del

pánico.

Amelia soltó un jadeo y se echó hacia adelante con la mano en el pecho, para luego dejarse caer contra el asiento.

—No puedo... no puedo —susurró.

—¿Qué demonios no puedes?

—No puedo respirar —respondió, tratando de soltar el aire lentamente mientras se apretaba el estómago con una mano—. Solo oír la palabra “hospital” me aterra.

—Dime que estás bromeando —se quejó Cam—. ¡Esta noche solo quería ir a una maldita fiesta!

Bajó la ventanilla para que ella se aireara.

—Creo que voy a vomitar... —murmuró Amelia, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—¡Ni se te ocurra vomitar en mi coche! —espetó él.

Juliette tuvo otra contracción y lanzó un grito.

—¡Maldita sea! ¡La que está por dar a luz soy yo, Amelia!

—Lo siento, Juliette... yo... creo... creo que voy a morir...

Cam detuvo el coche a un costado al ver el letrero del hospital. Bajó, rodeó el vehículo y abrió la puerta trasera para cargar a Juliette hasta la entrada del sanatorio, donde dos enfermeros se hicieron cargo de ella. Se irguió con los brazos en jarra y respiró aliviado de no haber tenido que asistir un parto en plena calle.

De pronto, Amelia apareció a su lado, visiblemente pálida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, mirándola de reojo.

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias.

Cam arqueó una ceja.

—¿Cómo has dicho?

Ella entrecerró los ojos.

—Gracias por traer a Juliette. Y no volveré a repetirlo.

—Creí que te caía mal.

—Me caes mal, pero sé distinguir una buena acción.

—No te confundas, fue el precio que tuve que pagar por haberte atropellado.

Amelia puso los ojos en blanco y caminó hacia la máquina de dulces. Cam la siguió con la mirada. No deseaba comportarse como un imbécil, pero había algo en ella que lo llevaba a decir cosas que en realidad no sentía. Frunció el ceño al darse cuenta de que estaba sonriendo. Bajó la vista y notó el agujero en el pantalón de Amelia, a través del cual podía ver con claridad sus bragas. ¿Acaso era Santa Claus lo que tenía estampado en su trasero?

Se quitó la chaqueta y, con una sola zancada, se acercó a ella.

—¿Quieres un dulce? —ofreció Amelia.

—No.

—Ya puedes irte, —se llevó a la boca unas gomitas— los padres de Juliette llegarán en cualquier momento.

—Bien —carraspeó Cam—. Tal vez necesites esto —añadió, tendiéndole la chaqueta.

Ella unió sus cejas castañas.

—¿Para qué quiero tu chaqueta?

—Para cubrir el agujero que tienes en el trasero.

Los ojos marrones de Amelia se abrieron de par en par.

—¡Madre mía, lo olvidé por completo! —exclamó, rodeando sus caderas con la chaqueta.

Él dibujó una sonrisa burlona.

—Qué detalle tan encantador el de Santa Claus.

Había logrado que las mejillas de Amelia se sonrojaran.

—Fue un regalo de Navidad —explicó—. No suelo pasearme por la calle en pijama.

Cam echó la cabeza hacia atrás, mirándola de arriba abajo. Ella llevaba unos pantalones de lino a rayas rosas y una camiseta sin mangas con ositos cariñosos estampados en el pecho.

—¿Ese es tu pijama? Pensaba que las francesas eran más sexis para dormir. ¿Cuántos años

tienes, diez?

—¡Eres incluso más idiota de lo que pensé! —gruñó ella—. ¿Por qué no te largas a la famosa fiesta a la que planeabas ir?

—¿Cómo sabes que iba a una fiesta?

—Lo mencionaste en el coche. ¿También quieres conocer al “americano”?

—¿Americano? —repitió él.

Amelia se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿En qué mundo vives que no te has enterado de él?

—He estado ocupado arreglando una propiedad —respondió con calma.

—La fiesta que organizó la villa fue solo una excusa para conocer al “americano” —le contó—. Llegó hace unos días y nadie lo ha visto todavía. Resulta que heredó la casa del señor Alfred.

De pronto, él comprendió que el americano no era otro que él mismo y que todo el pueblo hablaba sobre su llegada.

—¿Ah, sí?

—Dicen que pretende abrir un casino, aunque no imagina que todo el pueblo se le opondrá si lo intenta.

Cam arrugó la nariz; no pensaba abrir ningún casino.

—La gente habla demasiado.

—Ya lo creo. También escuché por ahí que podría ser transexual.

Él soltó un bufido.

—¿De dónde diablos sacan esas ideas?

—A las personas les gusta inventar. Pero la fiesta servirá para desmentir varios de esos rumores. Yo apuesto a que sí es transexual —se mofó.

“Maldita sea”, pensó Cam. Él no era transexual.

—¿Y por qué no vas a la fiesta para conocer al “americano”? —preguntó.

—No me interesa —respondió Amelia—. Ni siquiera visitó a su tío cuando estaba

enfermo.

—Tal vez no lo hizo porque ni siquiera lo conocía —se justificó él.

—¿Pero bien que pudo reclamar su herencia? —contestó Amelia con desdén.

A Cam le importaba muy poco la herencia de su tío; de hecho, había venido obligado por su madre.

—No deberías juzgarlo sin saber cómo ocurrieron las cosas.

—Me basta con lo que ya sé —replicó ella con firmeza—. Por cierto, ¿de dónde eres, Cam?

—¡Amelia! —exclamó una pareja de avanzada edad entrando al hospital.

Ella se volvió hacia ellos.

—¿Dónde está Juliette? —preguntaron ansiosos.

—Los enfermeros se la han llevado a una habitación —les informó—. Está bien —luego miró a Cam por encima del hombro—. Son los padres de Juliette; tengo que irme.

—Claro, yo también pensaba marcharme —murmuró él—. Te avisaré cuando tenga lista la bicicleta.

Cam anotó el número de Amelia en su teléfono.

—De acuerdo, y hasta entonces no te devolveré la chaqueta —afirmó ella—. Me la quedaré como garantía.

Él se rió por segunda vez en la noche.

—Trataré de arreglarla lo antes posible para que me la devuelvas.

—Intenta no chocar a nadie más, ¿sí?

Amelia alzó una mano a modo de despedida, y Cam permaneció de pie en la sala del hospital hasta que ella desapareció de su vista.

5. UNA CITA CON EL NOTARIO

SE CUBRIÓ los ojos con un brazo cuando la luz del sol atravesó la ventana de su habitación. Sentía como si recién se hubiera acostado. Entreabrió los párpados y se encontró con la sonrisa radiante de su hermana, Kamile.

—Despierta, dormilona —dijo ella—. Te perdono por no haberme preparado el desayuno.

—Debería ser así todos los días —murmuró Amelia, todavía adormilada.

Kamile frunció la nariz, tapándosela con el pulgar y el índice.

—¡Tu aliento apesta!

Amelia se incorporó en la cama y apoyó la espalda contra el cabecero.

—¿Y qué esperabas? —replicó, fastidiada—. Acabo de despertarme. ¿Qué es lo que quieres esta vez? Si vienes por dinero, tendrás que ayudarme a vender verduras en el mercado.

—Y así es como sigues soltera —murmuró Kamile con un suspiro—. No vine a pedirte dinero; vine a decirte que el notario del señor Alfred quiere verte cuanto antes. Al parecer, tiene algo importante que comentarte.

Amelia frunció el ceño.

—¿El notario? —repitió—. ¿Qué podría querer de mí?

—Tal vez el señor Alfred te dejó algo en la herencia —comentó Kamile con entusiasmo.

—Ajá, ya sabía yo que tu “amabilidad” tenía algo escondido detrás.

—¡Podríamos irnos a París, Amelia! —exclamó Kamile con brillo en los ojos.

—No pienso marcharme a París ni a ninguna otra parte.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan amargada? —cuestionó Kamile, indignada.

—No soy amargada, solo realista —dijo ella, apartando las mantas—. Y si me disculpas, tengo que arreglarme para ir al mercado. Tú también deberías hacerlo.

—Mamá se hizo cargo del turno de la mañana —le informó.

Amelia recogió su cabello en una coleta alta.

—Pero a ella le tocaba el turno de la tarde —se quejó.

—Lo hizo para que puedas ir a ver al notario —respondió Kamile—. ¿De quién es esta chaqueta? —preguntó, levantándola de la silla.

Amelia sacó un vestido floreado del armario y se giró hacia su hermana.

—De alguien que conocí ayer. —Se quitó el pijama y se puso el vestido—. Anoche Juliette tuvo a su bebé, y él nos llevó al hospital.

—La chaqueta parece de buena calidad —observó Kamile, examinándola—. ¿Quién es tu hombre secreto? ¿Lo conozco?

—No, no lo conoces.

Lo cierto era que Amelia tampoco sabía mucho sobre él.

—Me pidió mi número y prometió llamarme —añadió.

En realidad, la llamaría para avisarle que ya tendría reparada la bicicleta que él mismo había dejado inservible al atropellarla. Para colmo, esa bicicleta era de Kamile, aunque su hermana casi no la usaba. Resultaba entretenido dejarla creer que quizá un hombre se había fijado en Amelia.

—Además, es tremendamente guapo —agregó.

—¿Y dices que se fijó en ti? —preguntó Kamile con un tono de incredulidad en la voz.

“Maldita engreída”, pensó Amelia.

—Sí, se fijó en mí.

—Ya quiero conocer a tu hombre misterioso.

—Por supuesto. Es divertido, amable y parece estar loco por mí —soltó sin pensar, notando que las mentiras iban aumentando y no podía detenerse.

—¡Genial! —Kamile hizo una pausa y continuó—: Hay algo más que debo decirte...

Amelia se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos.

—Te dije que no pienso prestarte dinero.

Kamile puso los ojos en blanco.

—No es eso —refunfuñó—. Anoche conocimos al americano.

—¿Ah, sí?

—No te imaginas lo guapo que es.

—¿No tenía ochenta años?

Kamile se sentó a su lado y se dejó caer hacia atrás, apoyando la espalda en el colchón.

—¡Oh, no! Y tampoco es transexual —reveló—. Valió cada centavo que gasté en mi vestido de anoche. Fui la más hermosa de la fiesta y él se dio cuenta. Llegó un poco tarde, pero la espera valió la pena por la conversación que tuvimos.

—El sobrino del señor Alfred no es más que un oportunista —murmuró Amelia, molesta.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan moralista, Amelia?

—¿De qué hablaron? ¿De lo bien que te sienta el color azul?

—Hablamos de un poco de todo. El americano es el candidato perfecto para sacarme de este maldito pueblo. Le gustan las mujeres “independientes”.

—Entonces estás perdida, hermanita.

—Por eso le dije un par de mentirillas.

Amelia miró al techo y rodó los ojos.

—Las mentiras siempre acaban saliendo a la luz, Kamile.

—Mientras se descubran cuando yo ya esté al otro lado del océano, no me importa —recalcó con aires de arpía.

—¿Sabes? Cada día te pareces más a mamá.

—Le dije que vendía verduras en el mercado, y se sorprendió de que alguien tan hermosa como yo se dedicara a eso.

—Bueno, si él te creyó, debe ser un verdadero idiota.

—También le aseguré que hago la mejor mermelada de fresas de la villa.

—Y esa es otra mentira más...

—Vendrá esta tarde al mercado para probarla.

—¿Probar mis mermeladas, querrás decir?

Kamile se levantó de la cama de un salto.

—¡Vamos, Amelia! Debes decirle que las hice yo.

—De acuerdo, lo haré —asintió—. Con suerte, si te lleva a Estados Unidos, no tendré que seguir manteniéndote.

Kamile le tiró un cojín y salió de la habitación hecha una furia. Amelia soltó una carcajada. Al final, la llegada del americano a la villa no parecía tan mala. Todavía tenía que arreglarse para pasar por el despacho del notario, quien había sido colaborador del señor Alfred. ¿Qué tendría que comunicarle?

6. LA HERENCIA

AMELIA había estado infinidad de veces en el despacho del notario del pueblo, acompañando al señor Alfred, pero nunca se había sentido tan nerviosa como aquella mañana. El notario se había negado a contarle la razón de su cita hasta que llegara la otra persona implicada. Entre tanto, ella tamborileaba los dedos sobre el escritorio, inclinándose hacia él con impaciencia.

—¿Debo preocuparme? —preguntó, intentando sonar tranquila.

El notario, un hombre mayor con el cabello tan blanco como la nieve, frunció el ceño.

—No seas impaciente, Amelia.

—¿A quién estamos esperando?

—Al sobrino de Alfred.

Amelia frunció las cejas.

—¿Y qué tengo yo que ver con él?

—Lo sabrás en un momento.

Resopló y se recostó en la silla, tratando de calmar la ansiedad. ¿Qué podría unirla al “americano” heredero de la casa del señor Alfred? Abrió los ojos de par en par al recordar un pequeño detalle.

—Si vienen a reclamarme el portarretrato que tomé de la casa del señor Alfred... solo lo hice para conservar un recuerdo de él —confesó.

El notario se acomodó las gafas de lectura.

—La reunión no es por un portarretrato, Amelia.

—¿No?

—No, es por algo mucho más relevante.

—¡Diablos! Pues no he robado nada más.

El notario soltó un leve bufido.

—Nadie va a acusarte de ladrona, Amelia —respondió con visible impaciencia. Se levantó en cuanto llamaron a la puerta—. ¡Menos mal que el sobrino de Alfred ha llegado! —murmuró,

lanzándole una mirada ceñuda.

El notario rodeó el escritorio y fue hasta la puerta.

—Te estábamos esperando...

—Siento el retraso; hubo más tráfico de lo habitual —se oyó decir a un hombre.

Amelia se asomó por encima del hombro para ver finalmente al heredero. El notario se hizo a un lado para darle paso. Ella abrió la boca, incrédula.

—¿Cam? ¿Qué haces aquí?

Él parecía tan sorprendido como ella.

—¿Amelia?

—¿Ya se conocían? —consultó el notario, arqueando las cejas.

—Oh, sí, la choqué con mi coche —respondió Cam con un deje divertido.

—Y yo le arrojé encima un bote de pintura —añadió Amelia, casi como si fuera un reproche.

El notario se quitó las gafas, limpió los cristales y se las puso de nuevo.

—En ese caso, esto será más sencillo —dijo—. Tome asiento, señor O’Connel, que les explicaré por qué están aquí.

—¿Pero no estábamos esperando al americano? —protestó Amelia, con el ceño aún más fruncido.

El notario señaló a Cam.

—Él es Cam O’Connel, el sobrino de Alfred.

Amelia soltó un leve bufido de asombro.

—No puede ser.

Cam se sentó a su lado, dedicándole su característica sonrisa burlona. Estiró el brazo como para saludarla.

—Cam O’Connel, pero no soy americano: soy irlandés.

Ella le apartó la mano, conteniendo la mueca de fastidio.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

—Te di mi nombre desde un principio, ¿lo olvidaste?

—Me refiero a que eras el sobrino de Alfred —puntualizó Amelia, endureciendo la mirada.

—Porque tenía curiosidad de saber qué opinaban en este pueblo sobre mí —repuso él, con ese brillo burlón en la mirada—. Y tú no fuiste la excepción, cielo.

A Amelia se le escapó un gruñido de rabia. ¡Maldito arrogante! No sabía qué le molestaba más, si que Cam le hubiese ocultado la verdad o que él fuera el mismísimo americano que se llevaría a su hermana Kamile del pueblo. Desvió la vista hacia el notario.

—Espero que la razón por la que me has citado sea realmente importante, porque no tengo el menor interés en estar cerca de este hombre.

—Por lo menos hoy no me llamaste “transexual” —bromeó Cam, inspeccionando las uñas de su mano.

El notario se sentó de nuevo tras el escritorio, abrió el primer cajón y sacó unos papeles.

—No los habría citado si no fuera por algo importante —afirmó—. Hace un par de días, mi secretaria Anna encontró un sobre que Alfred había enviado hace un par de meses. No me explico cómo no la he despedido aún...

Porque Anna hacía treinta y cinco años que trabajaba para él. Y en el último tiempo su secretaria estaba perdiendo la memoria.

—¿Qué contenía ese sobre? —preguntó Cam.

El notario le pasó los documentos que sostenía.

—Las últimas modificaciones del testamento de Alfred.

Amelia tragó saliva y apoyó las manos sobre su regazo.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto?

—Mucho —respondió el notario—. Alfred te dejó la mitad de su casa.

Los ojos de Amelia se abrieron como platos.

—¿Qué...? ¿La mitad de su casa?

Cam levantó la mirada de golpe, con expresión incrédula.

—Debe tratarse de un error...

El notario negó con la cabeza.

—Comprobé la validez de estos papeles antes de llamarles.

Cam se pasó una mano por la boca, luego miró a Amelia.

—¿Por qué mi tío te dejaría la mitad de su casa, valorada en una fortuna?

—¡No lo sé! —exclamó ella—. Estoy tan sorprendida como tú.

—Amelia cuidó del señor Alfred durante sus últimos años —aclaró el notario—. No es de extrañar que él le tuviera cierto aprecio.

Amelia sintió la cabeza embotada. ¿De veras Alfred le tomó cariño? Él siempre la había tratado con cierta brusquedad, pero ella había continuado visitándolo y leyéndole sus libros favoritos porque le daba lástima verlo tan solo. Con el tiempo, llegó a encariñarse con aquel anciano gruñón, cuyo corazón arrastraba las heridas de un amor perdido en su juventud.

Cam esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Ahora entiendo por qué mi tío te dejó parte de la herencia —murmuró, con un tono que a Amelia no le gustó ni un poco.

Ella había soportado el mal carácter de Alfred, pero eso no significaba que toleraría las groserías de su sobrino.

—¿Qué insinúas?

Cam se inclinó hacia ella, apoyando un codo en el respaldo de la silla.

—Que tu “servicio de compañía” te salió de maravilla.

Amelia parpadeó y entrecerró los ojos.

—¿Estás diciendo que lo planeé todo?

Él hizo una mueca.

—¡Eres un malnacido! —rugió ella—. Mientras tú te divertías en América, yo cuidaba de tu tío.

—Y a cambio obtuviste la mitad de su propiedad, cielo.

La acusación de Cam la enfureció.

—No me conoces lo suficiente para llamarme interesada.

—¿Ah, no? —inquirió él, cruzándose de brazos—. Si mal no recuerdo, tú hiciste lo mismo conmigo.

Amelia comprendió que él se estaba vengando por lo que ella había dicho la noche anterior en el hospital. Apretó los labios.

—Sigo pensando lo mismo de ti...

—Entonces tengo derecho a pensar que también eres una aprovechada, Amelia L'Amour.

Un leve resoplido de indignación escapó de los labios de ella. El notario se aclaró la garganta y alzó la voz:

—Por favor, cálmense. Necesito que lleguen a un acuerdo.

Amelia se puso de pie de un salto.

—No pienso acordar nada con quien me acusa de estafar al señor Alfred.

Cam también se levantó con brusquedad.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, porque no planeo compartir la herencia contigo.

El notario suspiró.

—Lo quieras o no, Cam, tu tío Alfred dejó muy claro en el testamento cuáles eran sus deseos.

—¿Y cómo sé que ustedes no se complotaron para engañarme? —espetó él.

Amelia no podía creer lo que acababa de oír.

—¡Eres todavía peor de lo que imaginaba! ¿Cómo te atreves a pensar que...?

Se forzó a cerrar la boca antes de soltar algo de lo que pudiera arrepentirse. El notario, por su parte, se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Puede contratar a un abogado, señor O'Connel, y comprobar por su cuenta que estos papeles son auténticos.

Cam agarró todos los documentos del escritorio.

—Por supuesto que lo haré.

“Americano imbécil”, pensó Amelia. Se merecía una lección; se merecía que...

—He cambiado de opinión —soltó de repente—. Ahora sí quiero reclamar la mitad de la casa.

Cam la miró con toda su atención.

—¿Qué dijiste?

Amelia alzó el mentón y sonrió con descaro.

—Que quiero mi parte de la herencia.

Él chasqueó la lengua.

—Vivo en esa casa y planeo venderla pronto.

Amelia avanzó un paso y clavó su dedo índice en el pecho de Cam.

—No podrás venderla sin mi firma... cariño. Y se me ha antojado vivir allí.

—No puedes hacer eso —masculló él entre dientes.

—De hecho, sí puede —terció el notario.

—No le daré una llave hasta comprobar si ese testamento es legítimo —soltó Cam, sin ocultar su rabia.

Amelia cerró los puños para no lanzarse sobre él.

—La mitad de la casa es mía; si yo no vivo allí, tú tampoco lo harás.

Él arqueó una ceja.

—Ya veremos, cariño.

El notario abrió el primer cajón de su escritorio y sacó un juego de llaves.

—En el sobre que Alfred envió también venían estas —explicó—. Son de todas las puertas de la mansión.

Cam negó con la cabeza.

—¡No puede entregarle a esa mujer llaves de mi casa!

—¿Por qué no? —repuso el notario—. Mientras no se demuestre lo contrario, Amelia tiene pleno derecho a vivir allí.

Ella esbozó una sonrisa triunfante.

—Nos vemos a la hora de la cena, cariño —dijo con fingida amabilidad.

La mirada feroz de Cam hizo que Amelia prefiriera callar.

—Esto no quedará así. Hablaré con mis abogados —advirtió él, antes de marcharse con un portazo.

El notario se cruzó de brazos y meneó la cabeza.

—Los americanos... —murmuró.

Amelia se volvió hacia él.

—¿Está completamente seguro de que el testamento es auténtico?

—¿Acaso tú también desconfías de mí, Amelia? —preguntó él, ofendido.

Ella le dio una palmadita en el hombro y sonrió.

—Claro que no. Es solo que... todavía no me creo que sea dueña de la mitad de la mansión del señor Alfred.

—Pues ve acostumbrándote, querida.

7. EL MERCADO

AMELIA no recordaba haberse sentido tan furiosa en su vida. Que la acusaran de interesada era lo más descarado que había oído jamás. “Maldito americano”, pensó, mientras sacaba los frascos de mermelada de fresa de la caja y los colocaba sobre la mesa donde exhibía frutas y verduras en el mercado. ¡Ja! Si él creía que se quedaría sin cobrar la parte que le correspondía de la herencia, estaba muy equivocado. Reivindicaría cada centavo. ¡Santo cielos! Estaba pensando igual que su madre.

Un leve sobresalto la sacó de sus pensamientos cuando alguien susurró “¡Boo!” en su oído.

—¿Por qué no te presentas como una persona normal, Denisse? —gruñó, llevándose la mano al pecho.

—¡Madre mía, Amelia! ¿Por qué estás tan tensa? —preguntó su amiga, alzando una ceja.

Ella soltó un suspiro.

—Perdona, el problema no es contigo.

—¿Y entonces con quién? —insistió Denisse, curiosa.

Amelia arrancó una hoja de albahaca y la frotó entre los dedos para relajarse y calmar la jaqueca que amenazaba con instalarse.

—Con el americano. Todos mis problemas comenzaron el día en que él llegó.

Denisse frunció sus cejas oscuras.

—¿Pero qué te hizo? —inquirió—. Anoche no fuiste a la fiesta y me dejaste plantada, por cierto.

—Desde anoche hasta ahora han pasado muchas cosas —respondió Amelia, mientras ponía precios a las mermeladas.

En ese momento, Kamile llegó corriendo y prácticamente apartó a Denisse de un empujón.

—¿Qué te dijo el notario del señor Alfred? —exigió saber, impaciente.

—Llegas tarde, Kamile —gruñó Amelia—. Se supone que ibas a ayudarme a montar el puesto.

—¿Por qué hablaste con el notario del señor Alfred? —intervino Denisse, lanzándole una mirada recelosa a Kamile.

Amelia, sintiéndose bombardeada de preguntas, respiró hondo. Tanto su hermana como su mejor amiga la observaban con expectación.

—La secretaria del notario encontró el último testamento del señor Alfred... donde me deja la mitad de su casa —explicó.

Kamile abrió mucho sus ojos azules.

—¿Hablas en serio?

—Ojalá fuera una broma —contestó Amelia—. Pero parece que el señor Alfred, incluso después de muerto, me sigue dando dolores de cabeza.

—¡Madre mía, Amelia! —chilló Denisse—. Al contrario, es lo único bueno que ha hecho ese viejo en toda su vida, y encima fue tras su muerte.

Kamile rodeó el cuello de Amelia con los brazos y empezó a gritar como una desquiciada.

—¿Cuándo nos mudaremos a la mansión?

Amelia la apartó, entornando los párpados.

—¿Mudaremos? —repitió—. Tú no vendrás conmigo; seguirás viviendo con mamá. No pienso darle más motivos al idiota del americano para que me llame interesada.

Kamile dio un respingo de felicidad. Denisse la miró de arriba abajo.

—¿Estás bien, muchacha?

Kamile se calmó por un momento y se colocó un mechón de cabello rubio detrás de la oreja.

—¿No se dan cuenta? —murmuró.

—¿Que tratas de aprovecharte de la herencia de tu hermana? —soltó Denisse, sin rodeos.

Kamile resopló, dirigiendo la mirada al cielo.

—A veces creo que de verdad me odias, Denisse.

Amelia dio un codazo a su amiga para que no reforzara el comentario de Kamile.

—¿De qué, exactamente, no nos estamos dando cuenta? —inquirió Amelia con un deje de

ironía.

—Es simple —continuó Kamile—. El destino me ha dado la excusa perfecta para ver al sobrino de Alfred: si tú vives en la misma casa, tendré más oportunidades de cruzarme con él.

—Entonces corrijo mi impresión —repuso Denisse, con sorna—. No buscas aprovecharte de tu hermana, sino del americano. Empiezo a sentir lástima por ese pobre hombre.

Kamile alzó una ceja, enfurruñada.

—Eso lo dices porque no viste cómo me devoraba con la mirada anoche.

Hubo algo en su interior que le enfado saber que Cam estuviera interesado en Kamile. Sacudió la cabeza. Bueno, si él se llevaba a su hermana lejos, al menos le haría un favor.

—Porque todavía no sabe que detrás de esa dulce ovejita se esconde un lobo con colmillos —puntualizó Denisse.

—¡Ja! Tu humor ácido me aburre, Denisse.

Amelia soltó un bufido.

—¿No podrían, mejor, ayudarme? Necesito bajar las calabazas del carro.

Kamile se contempló las uñas.

—Lo siento, Amelia, me acabo de hacer la manicura y no quiero arruinarla.

Amelia parpadeó con incredulidad.

—¿Así piensas convencer al americano de que la huerta es tuya?

—Fingiré que trabajo cuando él esté cerca.

—Ahí viene... —advirtió Denisse.

—¿Quién? —preguntaron Amelia y Kamile al unísono.

—El americano.

—¡Maldición! —gruñó Amelia.

Instintivamente, se agachó tras el mostrador, intentando pasar desapercibida.

Cam había terminado de hablar con su madre acerca de las nuevas complicaciones de la herencia, recalcándole lo mala que había sido la idea de viajar a Francia cuando lo necesitaban en sus restaurantes. Colgó la llamada antes de que a ella se le ocurriera tomar el primer vuelo y plantarse a su lado para seguirlo a todas partes.

Guardó las manos en los bolsillos de su pantalón mientras recorría los puestos del mercado. Ver tanta fruta y verdura de excelente calidad lo tentaba a ponerse un delantal, encender la estufa y cocinar; sin embargo, había prometido mantenerse alejado de la cocina, tal como le había indicado su doctor. Necesitaba relajarse y disfrutar de unas vacaciones que no había tenido en años.

Se suponía que arreglar la casa de un tío al que nunca llegó a conocer lo ayudaría a sentirse mejor. Ahora esperaba la llamada de su abogado para saber si el testamento recién encontrado era legítimo. Rogaba que existiera algún error y así no verse obligado a compartir techo con nadie. Su mejor plan para esas vacaciones era estar solo. De hecho, la herencia en sí no le importaba; incluso habría cedido su parte a cambio de unos días de tranquilidad. Pero aquella señorita prejuiciosa lo había acusado de no preocuparse por su tío y de viajar a Francia solo por la propiedad. Bueno, en parte, ella no estaba tan equivocada: él ni siquiera había conocido a su tío. ¿Cómo iba a imaginarse que aquel pariente lejano estaba enfermo?

De todos modos, él también tenía derecho a juzgarla de la misma manera. ¿No sería que aquella mujer había cuidado de un anciano solitario esperando la gran recompensa? Su malhumor se disipó un poco al reconocer a la misma joven que había visto en la fiesta que, por lo visto, el pueblo había organizado para darle la bienvenida. Una cara bonita siempre hacía milagros. Sonrió y se acercó a ella.

—Kamile, ¿verdad?

Ella bajó la vista y soltó una risita suave.

—Creí que no vendrías —murmuró, aspirando el aroma de un manojo de romero—. Mi trabajo no es muy glamuroso; seguramente no estás acostumbrado...

La verdad era que Cam había salido a despejar la mente, y con tan pocas calles en aquella villa, tarde o temprano se toparía con alguien conocido. Además, visitar los mercados era una de sus actividades favoritas; estaba más que acostumbrado a escoger personalmente las verduras para sus restaurantes.

—Tu eres puro glamour, cielo —replicó, tomando un tomate del canasto—. ¿Son de tu huerta?

Kamile asintió con la cabeza.

—Todo lo que ves aquí es cosecha de mi huerta —afirmó—. Disfruto ensuciarme las manos con la tierra.

Cam escuchó un murmullo de “qué descaro” en voz baja y miró alrededor.

—¿Dijiste algo?

—Oh, no... —Kamile señaló a la joven que la acompañaba—. Ella es Denisse, una amiga.

Cam frunció el ceño y las señaló con el dedo.

—Me pareció ver a alguien más —comentó.

—Tal vez fue una clienta —se apresuró a responder Denisse.

—Sí, debió de ser eso —asintió Cam, encogiéndose de hombros—. ¿Qué me recomiendas llevar? —preguntó, fijándose en las verduras, las frutas y varios frascos de conservas.

—Mi especialidad son las merme... ¡auch! —gimió Kamile, llevándose una mano al pie. Se aclaró la garganta y dijo—: Me acabo de golpear... nada grave.

—¿Tú especialidad son las mermeladas? —insistió Cam, arqueando una ceja. Le intrigaba saber la respuesta, sobre todo por su experiencia como chef.

—Las mermeladas de fresa —contestó finalmente Kamile.

Denisse soltó una risita sarcástica.

—¿Quieres contarnos cuál es ese toque especial que les das? —indagó.

Cam se cruzó de brazos con curiosidad profesional.

—Sí, me gustaría saberlo.

—Eh... bueno... es un ingrediente secreto —dijo Kamile, nerviosa—. Y prefiero guardármelo para mí... —Giró la cabeza—. ¡Señor Lebran, aleje a sus cabras de aquí!

Cam se volteó enseguida para alejar el canasto de espinacas antes de que los cabritos se la llevaran a la boca. El dueño de los animales arrugó el rostro.

—Vine para que me devuelvan el dinero de los limones que compré —farfulló—. Apenas conseguí exprimirles dos gotas. ¡Me prometieron que haría una limonada exquisita!

Denisse puso los ojos en blanco.

—Siempre la misma historia, señor Lebran.

—¿Cómo sé que no está mintiendo? —cuestionó Kamile.

—¡Amelia siempre me reembolsa el dinero! —gimió el anciano desconforme.

Kamile apoyó las manos sobre el mostrador, inclinándose hacia él.

—Pues ahora soy yo quien está a cargo. Sin pruebas, no hay reembolso, señor Lebran.

El anciano levantó a unos de los cabritos y le acarició la cabeza.

—¿Dónde está Amelia?

—Ella se fue...

Cam resopló. Ya tenía suficiente dolor de cabeza como para mediar en discusiones de vecindario.

—Volveré en otro momento...

—No, espera un segundo, Cam —lo detuvo Kamile—. ¿Eso es todo, señor Lebran? —murmuró con los dientes apretados.

«Shuu... cabrita... sal de aquí... shuu», susurraron. Cam bajó la mirada y descubrió a una de las cabras mordisqueando un pedazo de tela que colgaba del lado opuesto del mostrador.

—¿Amelia? ¿Qué haces en el suelo? —cuestionó el anciano.

De repente, apareció una tercera mujer de detrás del mostrador. Cam entornó los ojos.

—¡¿Tú?! —exclamó, señalándola con el dedo—. ¿Me estás siguiendo?

Amelia, la mujer que se había adueñado de sus pesadillas, puso las manos en la cintura.

—Iba a decir lo mismo de ti...

—Amelia, dile a tu hermana que me devuelva mi dinero —insistió el señor Lebran.

—Pase mañana por mi casa, señor Lebran —respondió la mujer que buscaba quedarse con la mitad de su herencia.

Cam se volvió de inmediato hacia Kamile.

—¿Ella es tu hermana?

—Depende... en más de una ocasión he pensado que soy adoptada —respondió Kamile

Cam pasó la mirada de una a otra. Eran como el agua y el aceite; no se parecían en absoluto. Una era una preciosa criatura angelical y la otra... la otra era... ¡ni siquiera podía describirla!

—No nos parecemos, ¿verdad? —dijo Amelia en un tono altanero—. Si no piensas comprar nada, puedes seguir tu camino —añadió, con descaro.

Él notó la mirada prejuiciosa que ella le dirigía, como si pudiera leerle la mente.

—Vine a invitar a tu hermana a cenar —soltó Cam, para no quedarse sin responder.

—¿En serio? —murmuró Kamile, abriendo los ojos con asombro.

Por dentro, Cam se arrepintió en el acto, pero la actitud de Amelia lo incitaba a comportarse como un adolescente terco.

—Claro, preciosa. Dile a tu hermana que te haga el favor de cubrirtte.

—No puedo cubrirla —se apresuró a intervenir Amelia.

—Claro que puedes, Amelia —masculló Kamile, con el ceño fruncido.

Amelia alzó el mentón y dibujó una sonrisa despectiva.

—No puedo porque yo también tengo una cita.

8. EL HOMBRE MISTERIOSO

AMELIA no podía creer las palabras que habían salido de su boca: acababa de anunciar que tenía una cita. ¿Por qué lo había hecho? Porque desde las pocas horas que se había cruzado con el americano, había perdido el control de sí misma. Además, el hecho de que su hermana estuviera tan cerca de Cam ya no le parecía nada divertido.

—¿Tú tienes una cita? —masculló Kamile, sorprendida, como si fuera lo más extraño del mundo.

—Sí —respondió Amelia con fingida seguridad.

Desvió la mirada hacia Cam y añadió:

—Y, por cierto, esta misma noche me instalaré en la mansión del señor Alfred.

Cam le lanzó una mirada astuta desde debajo de sus pestañas.

—Admite que llevas planeando esto desde hace tiempo, cariño.

«Idiota», pensó Amelia, apretando los puños a los costados de su cuerpo.

—También tendremos que establecer algunas reglas, ya que compartiremos el mismo techo por un tiempo —explicó.

El rostro de Cam se encendió de furia. En cierta forma, eso le resultó gratificante.

—No habrá necesidad de reglas, nena. Mi abogado probará que ese testamento está falsificado.

—¡Te dije que no sabía nada de ese testamento! —exclamó ella, indignada.

La sonrisa lenta y calculada de él le dejó claro que había logrado lo que buscaba: que perdiera la calma.

—¿Cómo que tendrás una cita, Amelia? —interrumpió Kamile, insistiendo con el tema anterior—. ¿A quién estás ocultando?

Denisse, que hasta entonces había permanecido en silencio, alzó las cejas con picardía.

—¿Quién es el afortunado? —curioseó.

Ahora los tres la miraban con atención, esperando su respuesta. Amelia tragó saliva. No le gustaba mentirle a Denisse, pero en ese momento no veía otra salida. Más tarde ya le explicaría la verdad.

—Él es... es alguien que conocí... —repuso, intentando cerrar el tema sin dar detalles.

Kamile abrió los ojos de par en par.

—¿Te refieres al hombre que conociste anoche?

—¿Qué hombre conociste anoche? —siguió Denisse con creciente interés.

—El que le robó el corazón a Amelia —contestó Kamile con un aire soñador—. ¿Lo puedes creer?

Amelia se quedó paralizada. Si su hermana mencionaba la chaqueta que él le había prestado, Cam se daría cuenta de todo. Tomó un trapo y empezó a limpiar sobre la superficie ya reluciente. ¿Por qué había sentido la necesidad de competir con Kamile y demostrar que un hombre podría fijarse en ella? ¡Kamile siempre ganaría!

El americano enarcó una ceja y la miró de tal forma que Amelia notó cómo él se sentía aludido. Después de todo, se habían conocido apenas el día anterior.

—En realidad... te mentí —confesó, con un hilo de voz.

Kamile dejó escapar una risita burlona.

—Sabía que no tenías ninguna cita.

El dulce apoyo de su hermana, como siempre, resultaba muy reconfortante...

—No lo conocí anoche —se apresuró a corregir Amelia—. Fue hace un mes.

Denisse parpadeó, claramente ofendida.

—¿Y estuviste un mes sin contarme nada?

La velocidad con la que le latía el corazón la hizo temer un infarto inminente.

—No dije nada porque... no sabía si lo nuestro funcionaría.

—¿Entonces lo de ustedes va en serio? —preguntó Denisse con curiosidad.

«¡Maldita sea!», pensó Amelia.

—¡Quiero conocerlo! —exigió Kamile—. Deberías invitarlo a la fiesta de la focaccia

gigante.

Esa fiesta se celebraba a finales de agosto, con una enorme especie de rosca que recorría las calles y que luego se repartía entre todos los presentes.

—No estoy segura de que pueda venir. Él no es de aquí...

—¿Ah, no? ¿De dónde es? —insistió Kamile.

¡Y las preguntas no paraban! ¿De dónde sería su “hombre imaginario”? Si decía que era chino, resultaría poco creíble, así que optó por otro lugar:

—Es de Londres... de hecho, su vuelo sale en unas horas —agregó, alimentando aún más la mentira—. Tiene un vivero enorme y me ofreció cultivar mis verduras si decido irme con él.

¿Es que no podía cerrar la boca y dejar de inventar historias?

—¿Te irás a Londres? —soltó Denisse, incrédula.

—Tal vez... —Amelia echó un vistazo a Cam antes de seguir—. No puedes elegir de quién enamorarte; si él me pide que vaya, lo consideraré.

Uauu... definitivamente, ella era muy buena inventando historias.

El americano resopló.

—Pobre hombre... —comentó el malnacido, mientras se miraba las uñas.

Amelia frunció el ceño.

—¿No tienes nada más importante que hacer?

Cam la miró con un brillo divertido en los ojos.

—Oh, sí. Tengo una cena con tu hermana.

Kamile lanzó hacia atrás su melena dorada y sonrió.

—¿Pasas por mí a las ocho? —preguntó, ilusionada.

Él se puso las gafas de sol.

—Ahí estaré —aseguró—. ¿Nos vemos en casa, Amelia? —dijo con sarcasmo.

Amelia alzó el mentón.

—Por supuesto que sí.

Kamile esperó a que Cam se marchara para, acto seguido, despedirse también. Al fin y al cabo, tenía una cita que preparar.

Amelia soltó un quejido cuando Denisse le pellizcó el brazo.

—¿Cuándo planeabas contarme todo sobre tu “hombre misterioso”?

—La verdad es que yo...

—¡Benito se va a poner feliz en cuanto se entere de la noticia!

Amelia parpadeó.

—¿Por qué se pondría feliz?

—Porque si tú estás con alguien, yo también puedo estarlo.

—Sigo sin entender.

Denisse suspiró.

—Le dije a Benito que solo saldría con él si tú también conseguías pareja.

“¡Madre mía!”, pensó Amelia. Ahora entendía por qué Benito se empeñaba en presentarle a sus compañeros de la estación de bomberos.

—¿Por qué hiciste eso?

—Porque eres mi mejor amiga y no quería dejarte como la única solterona del pueblo. Pero si ahora estás de novia, la cosa cambia.

¿Estaba de novia? Su relación ficticia acababa de ascender a otro nivel. No supo qué responder. La felicidad de Denisse parecía depender de ella.

—No debiste hacerlo —murmuró Amelia.

—La regla número uno de nuestra amistad es cuidarnos la una a la otra.

—A mí no me importa ser la única solterona.

—Pero no va a ser así, ¿verdad?

Si le confesaba que aquel “hombre misterioso” no existía, la relación de Denisse con

Benito se vería truncada. No quería ser un obstáculo para su mejor amiga. Luego resolvería cómo librarse de la bola de nieve que estaba formando. Apretó las manos de Denisse y sonrió.

—¿Te imaginas visitándome en Londres?

—Me costaría verte lejos de aquí, pero solo pensar en la cara de tu madre... ¡Te irás de la villa antes que Kamile!

¿Su madre? Amelia tragó saliva.

—Nadie puede enterarse todavía de mi “hombre misterioso”, Denisse —pidió—. Al menos, hasta que la relación sea segura.

Denisse hizo un gesto, como si cerrara una cremallera sobre su boca.

Amelia relajó los hombros.

—Entonces... ¿Benito sí te gusta? —preguntó con tono pícaro.

—¿Que si me gusta? —repitió Denisse—. Lo amé, lo amo y lo amaré siempre.

—¿Y qué esperas para ir por él?

Amelia decidió cerrar el puesto más temprano y recoger sus cosas del mercado. El señor Dimitrio la ayudó a guardar el último cajón de peras en el carro enganchado a su bicicleta. No dejaba de mirarla de una forma extraña.

—¿Pasa algo? —preguntó ella.

—Nada —respondió él.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Señor Dimitrio, sé que quiere decirme algo, pero no se atreve.

—Tu novio todavía no conoce a tu hermana, ¿verdad?

Amelia creyó que había oído mal.

—¿Mi novio?

—Lo tenías bien escondido, ¿eh? —bromeó él.

—¿Cómo se enteró?

El señor Dimitrio se llevó una mano a la boca, como si la cosiera.

—No puedo revelar mi fuente.

Amelia no necesitaba confirmación para saber de dónde provenía el rumor. “¿Qué parte de ‘no se lo cuentes a nadie’ no entendió Denisse?”, pensó mientras soltaba un bufido y subía a la bicicleta.

—Mi novio trabaja en el servicio secreto, así que nadie debe enterarse de su existencia, ¿comprende lo que le digo, señor Dimitrio?

—Oh, claro... no diré nada.

Amelia sonrió. Tener un novio falso resultaba más entretenido de lo que imaginaba. Empezó a pedalear y, para su sorpresa, muchas personas del pueblo la saludaron al pasar. Se detuvo en el puente, como de costumbre, a contemplar el castillo iluminado en lo alto de la colina.

—¿Te vas a Londres, querida? —escuchó a sus espaldas.

Amelia se volvió y se encontró con las mayores chismosas de la villa. Si ellas ya lo sabían, el rumor no tardaría en extenderse por todos lados. Incluida su madre. “¡Maldición!”, pensó.

—Qué rápido vuelan las noticias —comentó con una sonrisa fingida.

—¿Entonces es cierto? —quiso saber una de ellas.

—Bueno... sí, es cierto —admitió Amelia—. Él quiere que me mude a su castillo, pero aún lo estoy considerando —siguió alimentando su gran mentira.

—¿Un castillo?

—Oh, sí. Su familia es millonaria e incluso ostenta un título nobiliario.

Las vecinas se miraron entre sí y soltaron una risita. Era evidente que no creían una sola palabra, y con razón.

—Su apellido es Dukprtuller, un poco complicado de pronunciar porque desciende de galeses —se inclinó hacia ellas y susurró—: Y si me caso con él, me convertiré en condesa.

—Enhorabuena, querida. Todos pensábamos que ibas a quedarte soltera.

“¿Acaso es un crimen estar soltera?”, se preguntó Amelia.

—¿Como ustedes? —replicó.

—Somos viudas, no es lo mismo —la corrigieron.

—Debo irme a casa —dijo Amelia con tono cortante.

—Felicitas a tu madre de nuestra parte.

Amelia negó con la cabeza y continuó su camino, mientras las ruedas de la bicicleta crujían sobre el empedrado.

Amelia cerró la puerta tras de sí cuando entró al vestíbulo y soltó un suspiro. Tenía que pensar seriamente cómo iba a salir del enorme embrollo en el que se había metido. Escuchó voces en la sala y se acercó lo suficiente para oír, pero no tanto para que la vieran. Su madre se reía a carcajadas con el carnicero. Hacía mucho que no la veía tan feliz. Decidió no interrumpir y se dio la vuelta para subir las escaleras. Se quedó rígida cuando uno de los escalones crujió, esperando que Marie no la hubiera oído.

—¿Amelia? —la llamó su madre desde la sala.

Respiró hondo.

—¿Sí?

No pasó mucho hasta que Marie apareció.

—¿Por qué regresaste tan pronto?

—Porque tengo que hacer mis maletas.

—¿Maletas?

El carnicero salió de la sala con el sombrero en la mano, y Amelia aprovechó para saludarlo.

—Buenas noches, señor Bonpierre. ¿Vino de visita?

Las mejillas de Marie se encendieron.

—¿Qué dices, Amelia? Él solo vino a traerme las mollejas que le pedí.

El hombre tomó la mano de su madre y la besó con cortesía.

—Espero que le agraden, señora L’Amour.

—A ella le encantan sus mollejas —intervino Amelia—. ¿Por qué no viene un día a almorzar con nosotras?

—¡Amelia! —exclamó su madre.

—¿Sí, madre?

—Debo retirarme —se excusó él—. Gracias por la invitación, Amelia.

—Vuelva cuando guste.

Marie le dedicó a su hija una mirada fulminante.

—Lo acompaño hasta la puerta —ofreció.

—Conozco el camino, señora L’Amour —replicó el carnicero, despidiéndose con una leve inclinación.

En cuanto él se marchó, Marie se cruzó de brazos, reflejando su disgusto.

—¿Se puede saber qué fue todo eso, Amelia?

—No tienes que fingir conmigo, madre. ¿Cuándo vas a admitir tu relación con el carnicero?

—¿Crees que podría tener una relación con un carnicero? ¡Soy Marie L’Amour, exreina...!

Amelia alzó los ojos al cielo.

—...del jamón y bla, bla, bla. ¿Cuándo dejarás de lado a la mujer que fuiste?

—¿Mi hija soltera pretende darme consejos de amor?

El comentario le confirmó a Amelia que su madre aún no se había enterado de la mentira de su hombre misterioso. Bajó los últimos escalones y entró en la cocina, con Marie pisándole los talones. Abrió la nevera, sacó una jarra de agua y se sirvió en una copa.

—¿Por qué tienes que hacer las maletas, Amelia? —quiso saber Marie—. ¿A dónde piensas ir?

Amelia bebió un sorbo de agua.

—No finjas que te importa si me voy o no, madre. ¿No era esto justamente lo que deseabas?

Marie puso las manos en la cintura y arrugó la frente.

—¿Entonces es verdad que te irás a Londres?

Amelia miró al techo y soltó un suspiro. Las noticias volaban más rápido que el viento.

—Tal vez...

—Quiero conocer a tu prometido. No ocultes información tan importante a tu familia.

Ahora su ficticio novio había ascendido a la categoría de “prometido”.

—Se lo diré, pero no prometo nada. Tiene una agenda muy ocupada —improvisó—. Es voluntario en una ONG que ayuda a niños en África.

De pronto, su perfecto novio imaginario le resultaba hasta adorable.

—¡Madre mía, Amelia! ¿Estás embarazada, verdad?

Ella se atragantó con el agua y comenzó a toser sin parar.

—No encuentro otra explicación para que te comprometas tan rápido —argumentó su madre.

Si así hablaba su madre, que se suponía que la quería, no quería ni imaginar qué dirían otros. En cuestión de horas había pasado de soltera a prometida, con planes de mudarse a Londres, e incluso la creían embarazada.

—¡No estoy embarazada! —chilló—. Y, por el momento, me instalaré en la casa que el señor Alfred me dejó en su testamento.

Los ojos de Marie se iluminaron.

—¿Él te dejó su mansión?

Amelia esbozó una sonrisa y se encaminó hacia su habitación.

—Creo que esta conversación se acabó.

—¡No hemos terminado, Amelia! —gritó su madre desde el pasillo.

—¡Yo opino que sí! —replicó ella, cerrando la puerta tras de sí.

9. INTRUSOS EN LA CASA

SI TUVIERA que calificar la cena, Cam le daría apenas dos tenedores, y a su cita con Kamile, la describiría como “pasable”. La muchacha era muy atractiva, sí, pero le resultaba demasiado superficial. Quizá su compañía le sirviera para no sentir tanta ansiedad por la falta de noticias de sus restaurantes. Sus empleados no atendían el teléfono y estaba convencido de que se debía a una orden de su madre. Solo esperaba encontrar todo en orden cuando regresara a San Francisco.

Al entrar en la casa, colgó las llaves a un lado de la puerta y frunció el ceño al notar la luz de la cocina encendida. Avanzó con cautela por el pasillo y alcanzó a oír música clásica. Tomó un jarrón al acercarse, pues no recordaba haber dejado encendida ninguna luz ni tampoco escuchar ese tipo de música. Y menos esperaba visitas. Se movió con sigilo, lo suficiente para no ser visto. Sacó su teléfono del bolsillo trasero y buscó el sonido de sirena de policía, lo reprodujo y acto seguido lanzó con fuerza el jarrón contra el piso. Si el intruso era un ladrón, seguramente huiría por instinto.

—¡Arriba las manos! —gritó Cam mientras irrumpía en la cocina.

En lugar de un delincuente, se encontró con una mujer totalmente alterada y con las sartenes rodando por el suelo. Para un chef, ver aquella cocina en caos era una calamidad. Maldijo por lo bajo, apagó la música y se quedó mirando con furia a la señorita prejuiciosa que parecía empeñada en arruinar sus supuestas vacaciones.

—¡Casi me matas del susto! —chilló ella.

—¿Qué diablos haces aquí? —gruñó Cam—. ¿Cómo entraste?

Amelia tomó su bolso y sacó un juego de llaves que le mostró con aire desafiante.

—También es mi casa, ¿recuerdas?

Lo sería, pensó Cam, cuando su abogado confirmara que el testamento era auténtico. Con una mueca de desagrado, se agachó para recoger las sartenes.

—No pierdes el tiempo, cariño —musitó, tirando las cáscaras de huevo a la basura.

Mientras se incorporaba, notó cómo Amelia se acomodaba el cabello y le quedaba expuesto el cuello. Por un segundo, sus ojos se fijaron en el curioso lunar con forma de corazón

que ella tenía en la nuca.

—Te avisé que vendría —comentó ella, removiendo con una cuchara de madera la olla que estaba sobre la hornilla—. ¿Qué miras, pervertido?

Cam se sobresaltó al verse descubierto. Sacudió la cabeza y soltó un bufido.

—¿De verdad crees que podría fijarme en ti, cuando acabo de cenar con tu hermana? —se defendió en un tono áspero.

Amelia bajó la mirada y continuó revolviendo el contenido de la olla.

—Cierto, había olvidado tu cita con Kamile —respondió en un tono que carecía de la chispa provocadora de siempre.

Cam cerró los ojos y se detestó por haber soltado esa pulla. Al mismo tiempo, se enojó con ella por no responderle con algún insulto. Sin embargo, si se disculpaba ahora, no quería que ella pensara que sentía compasión. De modo que prefirió mantener la actitud altanera.

—Mira el desastre que dejaste en la cocina. Espero que limpies todo —se quejó—. No quiero encontrar ratones por aquí.

Los hombros de Amelia se tensaron y las fosas nasales se le ensancharon ante aquel comentario. “La muchacha ha vuelto al ataque”, pensó Cam, llevándose una mano a la boca para disimular la sonrisa.

—¡Te has pasado, idiota! —bramó ella—. Que me digas que no soy atractiva me resbala, pero si vuelves a insinuar que soy una mugrienta, te meteré este cucharón por el trasero —le advirtió, señalándolo con su arma de cocina.

Cam alzó las manos, simulando rendirse. Se dio cuenta de que para ella no debía ser nada fácil vivir siempre a la sombra de su hermana. Kamile sería preciosa, sí, pero después de unos minutos de charla, no quedaba mucho misterio. Amelia, en cambio, tenía algo más profundo que iba más allá de su aspecto. Quizá sus labios, tal vez su mirada... ¡Demonios! ¿En qué estaba pensando? Ella no era más que un estorbo que pretendía quedarse con su herencia.

—Espero que te largues en cuanto mi abogado me confirme que tú y el notario falsificaron el testamento —dijo Cam—. Y tal vez me lo piense dos veces antes de mandarlos a prisión.

—Si termino en prisión, será por haberme deshecho de ti... idiota —susurró Amelia, soltando la última palabra casi en silencio.

Cam fingió no haberla escuchado. Tomó una fresa de la fuente, la saboreó y luego se

inclinó para aspirar la fragancia que emanaba de la olla al fuego.

—¿Qué estás cocinando? —preguntó su “chef” interior, luchando por reprimirse.

Amelia puso los ojos en blanco y se señaló el rostro con un dedo.

—¿Qué te dice mi cara?

Cam entornó los párpados, simulando pensar.

—Me dice que jamás había visto a alguien tan guapo —cerró un ojo y añadió con descaro—. Probablemente dejé la puerta de mi alcoba abierta por si quieres hacerme una vista a medianoche.

Ella agitó la cuchara con la que removía la olla, y el líquido caliente y pegajoso le saltó a Cam directamente en la frente.

—¡Maldita sea! —gimió él—. ¡Me has quemado, mujer!

—Oh, lo lamento. Solo quería apartar un moscardón —murmuró Amelia con fingida inocencia.

Él se limpió la frente con un dedo y se lo llevó a la boca.

—¿Mermelada?

—Sí.

—¿De fresa?

—Sí.

Cam abrió un cajón, tomó una cuchara y probó el contenido.

—Está deliciosa —admitió.

—Gracias.

—¿Le robaste el secreto a tu hermana?

—Hmm... sí.

—¿Las fresas vienen de su huerta? —preguntó, sujetando una entre sus manos y estudiando el rojo intenso que tenía.

—Todo lo que vendemos proviene de nuestra huerta —respondió Amelia con más calma—. Es lo mejor que encontrarás en la villa.

—Nunca había visto fresas de este tono.

—Es el color del amor —dijo ella—. Amor con sabor a fresa.

Cam enarcó una ceja.

—Al final resultas más francesa de lo que pensaba.

—Y tú, un americano fastidioso.

—Irlandés, cariño.

—Que te den...

Cam respiró hondo.

—Intentemos llevarnos bien hasta que mi abogado demuestre que quieres quedarte con mi herencia.

Amelia negó con la cabeza y lo apartó de un empujón.

—No te acerques a mí y nos llevaremos de maravilla.

—Pero necesitaremos algunas reglas —insistió él.

Ella se limpió las manos con el delantal.

—Por fin dices algo coherente.

—La cocina es mía —soltó Cam con firmeza.

—¿Para qué la quieres si lo único que había en la nevera era comida congelada? —lo pinchó ella—. Típico de los americanos. La cocina es mía, no la vamos a desperdiciar contigo. Apuesto a que no sabes preparar ni un huevo duro.

¿Comida congelada? Él apretó los puños. Había prometido no cocinar durante sus vacaciones, y esa promesa comenzaba a pesarle. Era un chef importante, y sus platos recibían muy buenas críticas en revistas especializadas.

—Bien, te quedarás con la cocina —cedió a regañadientes.

Pero su estadía no sería gratuita, y menos después de pretender quedarse con parte de su herencia. De repente, Amelia dibujó esa sonrisa que le ocupaba gran parte del rostro, y por un instante, su enojo se desvaneció.

—Gracias —dijo ella—. A cambio, te dejaré la alcoba principal.

Él chasqueó la lengua.

—Ya ocupo la alcoba principal.

—Entonces sacaré mis maletas de ahí.

—Eso espero —murmuró entre dientes.

—Nada de traer mujeres —agregó Amelia.

—Nada de traer hombres —replicó él.

Ella parpadeó con asombro.

—¿Quién crees que soy?

—¿No estás comprometida? —preguntó Cam mientras probaba de nuevo la mermelada—. Eso incluye a tu pareja, cariño.

—Él no será un problema —repuso Amelia, apagando la hornalla—. Acaba de volver a Londres.

Cam se aclaró la garganta.

—Debes de estar muy triste.

Amelia tomó un trapo y empezó a limpiar la encimera.

—Oh, sí, muy triste... Las separaciones nunca son fáciles.

Si ella fuera su prometida, él jamás la dejaría sola, pensó. El amor a distancia no funcionaría con él. Por un instante, sintió curiosidad.

—¿En qué trabaja?

—Se dedica a muchas cosas.

—Entiendo... no quieres hablar.

Amelia lo miró un instante, directo a los ojos.

—¿Y qué tal tu cita con mi hermana?

—Estupenda.

—¿Te gusta Kamile?

Cam señaló con el dedo la puerta.

—¿Sabes? Me voy a dormir.

Amelia se cruzó de brazos y sonrió.

—Que descanses.

—Igualmente... —se detuvo bajo el marco y se giró—. Seguiré pensando en más reglas.

—No te olvides de anotarlas en un papel —se burló ella—. Así las añadiré a mi lista de cosas que no me interesan.

10. EL GALLO CANTA DE MADRUGADA

AMELIA se incorporó de un salto cuando un ruido espantoso la despertó. Se quitó el antifaz y buscó el reloj sobre la mesa de noche. ¡Eran las cinco de la madrugada! Dirigió la mirada en la puerta justo en el momento en que se abría y entraba un hombre con una motosierra. Soltó un bufido de exasperación.

—¿Qué demonios te pasa?! —gritó.

El americano apagó el motor de la máquina y le dedicó una sonrisa maliciosa.

—Regla número tres: si vamos a vivir bajo el mismo techo, tendrás que ayudarme a arreglar la casa.

Amelia se pasó una mano por el cabello revuelto.

—¡Son las cinco de la mañana!

Él se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Hay mucho trabajo por hacer, cielo.

Estaba claro que solo pretendía fastidiarla, pero ella no pensaba darle el gusto de irritarse. Se cubrió de nuevo con las mantas, decidida a seguir durmiendo.

—Cierra la puerta al salir de mi habitación —masculló entre bostezo.

—Levántate, cariño. Tienes que prepararme el desayuno —exigió Cam.

—Tienes dos manos, prepáralo tú.

—No puedo usar la cocina, ¿recuerdas?

—Puedes romper esa regla si gustas...

Entonces él encendió de nuevo la motosierra, cuyo ruido la estaba enloqueciendo. Apartó las mantas y se sentó de golpe en la cama.

—¡Apaga esa cosa, maldito loco! —exclamó, cubriéndose los oídos con las manos.

—Lo haré cuando vayas a prepararme el desayuno —replicó en voz alta, imponiéndose por encima del ruido.

A Amelia se le escapó un gruñido.

—¡Bien, lo haré! —cedió a regañadientes—. Pero ya detén ese ruido.

Cam apagó el motor y sonrió, satisfecho. “Disfruta este momento, idiota, porque no volverás a ganarme”, pensó ella.

—Me gusta el café con un chorrito de nata —indicó él.

Ella entrecerró los ojos.

—No abuses de tu buena suerte —murmuró, bajando las piernas de la cama.

Cam suspiró y recorrió la habitación con la vista.

—Hace algo de calor aquí, ¿no?

Uno de los peores defectos de Amelia era lidiar con gente que le hablaba a esa hora de la mañana. Y peor si lo hacían con una motosierra.

—Ahora me dirás que tu cuarto tiene aire acondicionado, sábanas de seda, velas perfumadas y un colchón que te hace masajes.

—Y no olvides la televisión de cincuenta pulgadas —añadió él.

—¡Fuera de aquí! —bramó, lanzándole un almohadón que él partió en dos con la motosierra, haciendo que cientos de plumas de ganso flotaran por toda la habitación.

Amelia se quemó las yemas de los dedos al sacar los panes recién horneados y colocarlos en la bandeja, junto a la mermelada y la mantequilla. «La cocina es mía», recordó las palabras de la noche anterior. “Maldita sea, qué estúpida fui”. La única razón por la que había reclamado su parte de la herencia era para darle una lección a él, pero, a fin de cuentas, el americano parecía llevar la delantera. Echó un chorro de café en una taza y lo coronó con nata, pero sacudió la cabeza. “¿Qué estoy haciendo?”, pensó. Inclino la taza y tiró la infusión al fregadero; luego volvió a llenarla con un café bien oscuro. Se merecía algo especial: edulcorante, un toque de pimienta, leche de soya...

—¿Dónde está mi desayuno? —preguntó alguien a sus espaldas.

Amelia se estremeció y se giró. Cam asomaba la cabeza por la puerta, disfrutando de su

reciente victoria. Ella se acercó y le extendió la taza.

—Que lo disfrutes —dijo con un sarcasmo evidente.

Estaba segura de que, tras aquel brebaje, a él se le quitarían las ganas de volver a pedirle el desayuno. Internamente, se sonrió. Y si no, le diría que había una estupenda cafetería a pocas cuadras. Sin embargo, Cam desvió la mirada hacia la bandeja todavía caliente.

—¿Has horneado pan?

La señora Odette, una tía lejana de su padre, era la única que comía esos bollos y Amelia se los llevaba cada mañana.

—Lo preparo para mis clientes —repuso ella.

—Solo necesito uno para mojarlo en el café —comentó Cam, apartándola para llegar a la bandeja. Tomó un bollo y le dio un mordisco—. No está nada mal...

Amelia lo observó con una sonrisa ladina, esperando que probara el peculiar café. Él frunció el ceño tras el primer sorbo, dirigió hacia ella una mirada astuta y volvió a beber.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿No te gusta? —inquirió ella, con los brazos cruzados.

—Al contrario, me encanta.

Ella parpadeó, incrédula.

—¿Estás seguro?

—¿Qué le pusiste? En realidad, no me importa —murmuró Cam, dándole otro mordisco al bollo—. Seré feliz si me preparas el desayuno todos los días, cariño. Y haz más de esto.

“Maldito mentiroso”, pensó Amelia, convencida de que Cam fingía para no darle la razón. Respiró hondo. No podía permitirse que él la viera molesta.

—¿Estás arreglando la sala?

—Estoy quitando la humedad —explicó—. Más tarde vendrán los obreros que contraté para restaurar la casa.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Y para eso me levantaste a las cinco de la madrugada?

—Si quieres cobrar un solo centavo cuando la casa se venda, tienes que ayudarme.

—¿Vender la casa?

—Aunque no lo creas, tengo una vida en San Francisco que pretendo retomar pronto.

Amelia lo señaló con un dedo.

—Al señor Alfred... tu tío... no le habría gustado que vendieras su casa.

Cam se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Pero mi tío ya no está para opinar.

—¡Idiota! —bufó—. No pienso firmar para que vendas esta casa.

—Entonces espero que tengas el dinero para comprar mi parte —dijo él—. En caso de que el testamento resulte ser válido —añadió.

—Regla número cuatro: ¡NO VUELVAS A HABLARME!

—Oh, muy bien. Entonces tendré que llamar al notario para decirle que te comunique que te toca limpiar la piscina.

Amelia soltó una carcajada.

—Y yo le diré al notario que te den por el culo, imbécil.

Cam lanzó un suspiro de cansancio.

—Solo espero que entre tus maletas no haya nada que el agua pueda arruinar —murmuró, mientras abandonaba la cocina.

—¿Arrojaste mis maletas a la piscina? —exclamó ella, siguiéndolo de cerca.

Él se volvió y se llevó un dedo a los labios, simulando que tenía la boca cerrada.

—¡Respóndeme, cretino! —exigió Amelia.

El americano se colocó el cinturón de herramientas a la altura de las caderas, empezó a silbar y continuó raspando la pintura descascarada de la pared con una espátula.

Amelia rodeó la piscina y se arrodilló en el borde para buscar sus maletas entre el agua

verdosa y estancada. Siempre se había considerado una mujer tranquila, pero en ese momento sentía que podría cometer un crimen. Cam había dejado todas las herramientas en el jardín para que ella limpiara la piscina... ¡lo tenía todo planeado! Se levantó furiosa y tomó el recogehojas para sumergirlo y tratar de encontrar su equipaje en el fondo.

—Es una lástima que el verano termine sin que nadie haya usado la piscina —comentó el americano, con aire burlón, recostado en una reposera entre las lavandas.

Amelia le dirigió una mirada amenazadora y siguió hurgando con el recogehojas.

—Estoy al borde de convertirme en una psicópata —comentó, arrastrando las palabras.

Cam cruzó las piernas y entornó los párpados para protegerse de los primeros rayos de sol de la mañana.

—Si te apresuras a limpiarla, podré darme el gusto de un chapuzón.

Amelia abrió los ojos de par en par al notar un bulto en mitad de la piscina.

—¡Americano arrogante! ¡Lanzaste mis maletas al agua! —lo acusó furiosa.

Él echó la cabeza hacia atrás, suspirando.

—¿Esa es tu excusa para volver a dirigirme la palabra, nena? —murmuró, despreocupado.

Ella se acercó de una zancada y comenzó a golpearlo con el recogehojas.

—¡No quiero hablar contigo, idiota, quiero matarte! —chilló.

Cam se cubrió el rostro con los brazos y se puso de pie de un tirón.

—¿Te has vuelto loca? —gruñó, arrebatándole el arma—. ¡No tiré tus maletas!

Con la respiración entrecortada, Amelia contó hasta tres para calmarse.

—¡Acabo de sentirla en el fondo de la piscina! —exclamó—. Y si no la sacas de ahí, te juro que...

Lo oyó soltar una maldición por lo bajo.

—No sé qué tocaste, pero no son tus maletas.

Amelia se apartó un mechón de cabello de la cara.

—¿Entonces qué es?

—Podría ser una roca... quién sabe cuánto tiempo lleva esta piscina abandonada.

Era verdad. Amelia nunca había visto al señor Alfred usarla, ni a nadie encargarse de su mantenimiento. Cam hundió el recogehojas en el agua estancada y la pértiga se partió en dos cuando trató de sacar el objeto misterioso.

Ella se aproximó y lo miró por encima del hombro.

—¿Qué crees que sea?

Él apoyó las manos en la cintura y se humedeció el labio inferior con la lengua, pensativo.

—Parece una maleta...

—¡Te lo dije!

—La única forma de sacarla es que alguien se meta al agua...

—Buena idea —dijo Amelia, empujándolo de improvisto a la piscina.

Cam emergió entre el agua verdosa y se quitó el musgo de la frente.

—¡Maldita sea! —rugió—. ¡Vas a pagar por esto, arpía!

—No pierdas tiempo y agarra la maleta.

Él se sumergió una vez más y, al cabo de unos segundos, regresó a la orilla con la valija en la mano. Amelia lo ayudó a salir, aguantando la respiración por el hedor nauseabundo que él despedía. El americano se apartó un poco y se metió dos dedos en la boca, con la intención de vomitar. Ella puso los ojos en blanco.

—Qué exagerado eres. No imaginé que un chapuzón te provocaría náuseas.

—¡Tragué parte de esa agua! —se quejó, señalando la piscina.

—Lo siento —se disculpó—. Ahora ven a ayudarme a abrir esto.

Cam se deshizo de su camiseta y luego de los pantalones, y encendió el aspersor del jardín para quitarse aquella agua podrida. Amelia se quedó inmóvil, observándolo mientras él se pasaba la mano por el abdomen, bajándola hacia su...

—¿Qué miras? —preguntó él.

Ella sacudió la cabeza.

—Sólo comprobaba que los aspersores funcionan bien.

Él dibujó una media sonrisa.

—Pervertida... —susurró.

11. SECRETOS DE FAMILIA

CAM colocó la lata oxidada —encontrada dentro de la maleta— sobre la mesa baja de la sala. Se miraron el uno al otro y se sentaron en el sofá al mismo tiempo. Antes de que él la abriera, Amelia apoyó una mano en su hombro.

—¿Crees que le pertenecía a tu tío?

—Las probabilidades indican que sí.

—¿Y si hubiera una bomba?

Él curvó ligeramente la comisura de la boca.

—Para ser francesa, has visto demasiadas películas de Hollywood, nena.

Amelia se pasó un mechón de cabello detrás de la oreja y suspiró.

—Oh, bueno... es que este tipo de cosas me ponen algo nerviosa.

Cam enarcó una ceja.

—¿Acaso has encontrado maletas en piscinas muy seguido?

—No —admitió—. Pero saber que esta le perteneció al señor Alfred me da un poco de nostalgia. ¿Sabes? Era un hombre solitario y gruñón, pero aprendí a tomarle cariño.

—Yo también le tomé cariño, sobre todo después de averiguar el valor de su mansión.

Amelia entornó los párpados.

—¿Algún día podré hablar en serio contigo?

—¿Ahora puedo abrir la lata? —soltó él.

Ella sonrió con malicia.

—Adelante.

Cam se detuvo antes de romper el candado y la miró de golpe.

—Si mi tío guardó joyas ahí dentro, me pertenecen.

—¿Y eras tú quien se enfadó cuando te llamé interesado?

—Solo quería aclararlo, cielo.

—Abre de una vez la maldita caja —murmuró Amelia, apretando la mandíbula.

Cam rompió el candado con una pinza y abrió la lata. El gran misterio resultó ser un puñado de fotos antiguas y unas cartas amarillentas, cuidadosamente protegidas por un pañuelo.

—Puedes quedarte con todo —dijo él, levantándose del sofá.

Amelia lo siguió con la mirada.

—¿No te interesa saber qué dicen las cartas?

Él recogió el cinturón de herramientas del suelo y se lo ajustó a la cintura.

—Después me haces un resumen.

Amelia puso los ojos en blanco y continuó examinando las fotografías en blanco y negro. El señor Alfred había sido bastante apuesto de joven. Había una imagen de él arriba de un avión, vistiendo un uniforme de soldado. Recordó que siempre le contaba que había sido piloto de guerra junto a su hermano. Frunció el ceño, alzó la mirada hacia Cam y luego regresó la vista a la fotografía.

—¡Vaya! —exclamó—. Sabía que tu rostro me era familiar. ¡Eres idéntico a tu tío!

Él le quitó la foto de la mano y la estudió unos segundos. Hizo un gesto indiferente y se la devolvió.

—Tenemos algunos rasgos parecidos.

—¿Algunos rasgos? —repitió Amelia—. ¡Si son iguales!

Cam bufó.

—Lo seríamos si él hubiera sido un poco más guapo.

Ella fingió no oír aquel comentario.

—¿Crees en el destino, Cam? —preguntó.

—No —respondió con una sonrisa seca.

—No es casualidad que heredases la casa de un tío al que no conocías y que, además, seas tan parecido a él —expuso su teoría—. Quizás estás aquí para repetir su historia... pero con un

final distinto.

Él chasqueó la lengua.

—¿Sabes lo que pienso?

—Que debemos encontrar las conexiones —murmuró ella, pensativa.

—Pienso que deberías dejar de ver tantas películas —zanjó Cam.

Amelia siguió revisando las fotografías. Encontró varias en las que el señor Alfred aparecía con la misma mujer: “¡Mariam!”. Mariam había sido la prometida de Alfred antes de que él partiera a la guerra. De hecho, el tío de Cam había comprado esa casa porque había pertenecido a los padres de ella. Amelia soltó un suspiro.

—El señor Alfred amó mucho a su prometida —comentó en voz alta.

Cam se arrodilló para enrollar la alfombra persa que ocupaba el centro de la sala.

—Tenía entendido que nunca llegó a casarse —dijo, apartando la alfombra.

—No se casó —afirmó Amelia—. Mariam, su prometida, terminó casándose con su hermano.

Él dejó a un lado la alfombra y la miró, arqueando una ceja con curiosidad, invitándola a que siguiera hablando.

—Cuando el señor Alfred fue a la guerra, le pidió a su hermano que cuidara de Mariam. Él había regresado antes de tiempo debido a una lesión en las piernas. Pero tu tío nunca imaginó que su hermano se enamoraría de ella —explicó—. Más tarde, cuando los alemanes lo hicieron prisionero en Egipto, perdió el contacto con su familia durante varios años, y su hermano aprovechó para hacerle creer a Mariam que él había muerto, falsificando una supuesta carta oficial.

—¿Ella buscó consuelo en brazos de su hermano? —indagó Cam.

—Sí, aunque jamás lo amó como al señor Alfred.

—¿Aun así, se casó con él?

—Porque sus padres querían asegurarle un futuro estable con un marido que la protegiera en medio de aquella locura de la época.

Amelia guardó las fotos y las cartas en la vieja lata. Ella creía en el destino y no en las

casualidades; estaba convencida de que la llegada del americano a la villa tenía un motivo. De pronto, pensó saber cuál podía ser la conexión.

—¿Dejaste alguna novia en América, Cam? —le preguntó.

—No —respondió—. ¿A qué viene esa pregunta?

—El señor Alfred terminó solo y amargado porque su corazón se rompió —explicó ella—. Su historia no tuvo el final que merecía, ¿lo entiendes?

Cam apagó la aspiradora con un leve golpe del pie. Con una mano en la cintura y la otra rascándose la nuca, la miró a los ojos.

—Seguirás con este tema hasta que escuche todo lo que quieres decir, ¿verdad?

Amelia se levantó del sofá de un salto.

—¿No lo ves? ¡Todo tiene sentido! —exclamó con entusiasmo, elevando las manos.

—Sí. Planeas continuar con la misma idea —murmuró él, soltando un suspiro.

—Por algo hemos encontrado esa maleta —insistió.

—Estaba en una piscina, tarde o temprano alguien iba a dar con ella, cariño —replicó Cam con indiferencia.

Ella soltó un bufido de frustración.

—¿Sabes por qué el señor Alfred compró esta casa?

—¿Porque la adquirió a buen precio?

—Porque aquí creció Mariam y fue el último lugar donde él la vio feliz —aclaró Amelia.

—Conque mi tío resultó ser un romántico obsesivo, ¿eh? —bromeó Cam.

—Mariam falleció de tuberculosis a los pocos años de que él regresara de la guerra —relató Amelia—. Alfred jamás perdonó a su hermano, y se encerró en esta casa con los recuerdos de su amada. Por eso la heredaste tú y no su hermano.

Cam lanzó una mirada a su alrededor.

—Benditas peleas de amor...

—¡Qué idiota eres! Deberías tener más respeto por la memoria de tu tío.

—¿Has terminado con tu historia? —preguntó él—. ¿Puedo seguir trabajando?

—¿Aún no comprendes? Tal vez seas tú quien deba concluir su historia. ¡El destino te trajo hasta aquí! Tienes que encontrar a tu Mariam.

—¡Demonios, mujer! —gruñó Cam—. ¡Para con esto!

Amelia cruzó la sala hasta la chimenea y retiró el cuadro que descansaba sobre la repisa. Le quitó el polvo y vio el retrato de Mariam; luego se lo mostró a él.

—¿Conoces a alguien que se parezca a ella? —inquirió, sosteniendo la imagen frente a sus ojos.

Cam encendió de nuevo la aspiradora, molesto.

—No participaré en este jueguito, Amelia.

Amelia apagó el aparato y se plantó frente a él.

—Mírala bien y trata de recordar.

Cam rodó los ojos antes de detenerse a observar el retrato.

—¿Sabes cuántas mujeres rubias y de ojos azules he conocido, cariño?

—¿Entonces ya estuviste con Mariam?

—De hecho, he estado con varias Mariams.

Ella giró el cuadro para verlo otra vez. Insistía en que debía haber una conexión entre Cam y su tío. Mariam había sido una mujer hermosa; sus rasgos eran angelicales muy parecidos a...

—Kamile... —murmuró Cam—. No esperaba verte tan temprano.

Amelia alzó la vista y encontró a su hermana bajo el umbral de la puerta, con los rayos del sol realzando su silueta. Tragó saliva: Kamile era la viva imagen de Mariam.

—Espero no interrumpir nada importante —comentó Kamile, dibujando una sonrisa inocente.

Cam miró a Amelia por un momento y volvió la vista hacia Kamile antes de responder:

—Todo lo contrario, Kamile. Llegas en el instante preciso para poner fin a la conversación más disparatada que he tenido en mi vida.

—¿Estás embarazada, Amelia? —repitió Cam la pregunta de Kamile.

Amelia frunció el ceño. La situación rozaba lo absurdo.

—¡No!

—Madre me lo ha dicho esta mañana —añadió Kamile.

—No sé de donde habrá sacado eso ella, pero no deja de ser un montón de tonterías —murmuró Amelia, apretando los dientes.

Kamile dirigió la mirada al americano y suspiró con dramatismo.

—Mi madre asegura que el prometido de Amelia se fue a Londres en cuanto supo que ella estaba embarazada.

Amelia negó con la cabeza. ¿De dónde demonios se sacaban tales ideas?

—¡Malnacido! —gruñó Cam—. Sabes que no me caes bien, Amelia, pero puedo obligar a tu prometido a que cumpla con su deber, si es lo que quieres.

Fue toda una sorpresa para Amelia ver al americano tan enfadado por alguien que era producto de su imaginación. Era evidente que podría aclararlo todo diciendo la verdad y poniendo fin a su “falso prometido”. Abrió la boca, dispuesta a confesarlo, pero la cerró al notar lo furioso que estaba Cam con ese supuesto individuo que la había abandonado. Decidió que no era el mejor momento para desenmascarar su mentira.

—¡He dicho que no estoy embarazada! —exclamó. Y al menos eso sí era cierto.

—¿Por qué se fue tan pronto a Londres, entonces? —insistió Kamile, cruzándose de brazos.

“Porque fue mi excusa perfecta para que dejaran de preguntar e insistir en conocerlo”, pensó Amelia, pero respondió:

—Tenía asuntos de trabajo. Aun así, hará lo posible para venir a la fiesta de la fonettone.

Cada nueva palabra la hundía más en su propia mentira. Kamile apoyó una mano en su brazo.

—Siempre me tendrás a tu lado —afirmó con fingida preocupación, acompañada de un guiño cómplice. Luego se volvió hacia el americano—. ¿Tú también eres de esos hombres, Cam? ¿Los que huyen dejando a una mujer enamorada en otro país?

Amelia rodó los ojos. Resultaba obvio que a su hermana le interesaba únicamente su propio beneficio, y aquella “cacería de marido” estaba en marcha. Sintió lástima por el americano: tarde o temprano acabaría atrapado en los colmillos de Kamile. Nadie se resistía a ella. Tal vez era justo lo que el destino dictaba: Cam y su Mariam. Entonces, ¿por qué a Amelia le incomodaba que Kamile coqueteara con él?

—¿Escuchan ese ruido? —dijo Cam, eludiendo la pregunta.

Amelia frunció el entrecejo. ¿Acaso planeaba huir de Kamile?

—¿Qué ruido? —preguntó su hermana.

—Me parece que viene de la planta alta —comentó Cam, mirando el techo—. Mejor echo un vistazo.

“¡Que la tierra la tragara!”, pensó Amelia, viendo cómo él se excusaba para librarse de su hermana. Algo en su interior lo encontró divertido.

—Pero yo no escucho nada —protestó Kamile—. ¿Tú sí, Amelia?

—Eh... sí, creo que sí —afirmó, apoyando su versión—. Quizá sean ratones.

Cam esbozó una media sonrisa y le lanzó una mirada cómplice.

—Anoche maté uno en mi cuarto —agregó.

Kamile abrió los ojos como platos.

—¡Madre mía!

—Iré a asegurarme de que no haya más —se apresuró a decir Cam.

Él desapareció más rápido que la luz.

Kamile corrió hacia su hermana, apretándole el brazo con fuerza.

—¿Cam te dijo algo acerca de nuestra cita de anoche? —preguntó con impaciencia.

—Sí —respondió Amelia.

—¿Qué te comentó?

—Que fue entretenida.

—¿Nada más?

—Nada más —asintió Amelia.

—¿Ni siquiera mencionó lo guapa que estaba yo?

Amelia frunció el ceño, aparentando recordar.

—Hmm... no lo sé, no lo recuerdo muy bien.

Kamile soltó un bufido.

—Tienes que ayudarme, Amelia —dijo, irritada—. ¿O prefieres seguir pagándome todos mis caprichos?

—¿Nunca se te ocurrió trabajar?

—¿Y qué crees que estoy haciendo ahora?

—Ahora mismo me estás haciendo perder el tiempo.

—Buscar marido es un trabajo.

Amelia negó con la cabeza y se llevó la mano a la frente.

—Por tu propio bien, no hagas caso de los consejos de madre —musitó—. Abre un libro y estudia algo útil.

Kamile agitó la mano en el aire, con desdén.

—Bla, bla, bla... qué aburrida eres, Amelia —soltó—. Y por eso sigues soltera.

Amelia puso los ojos en blanco.

—Tienes un ratón en los pies —le advirtió.

Kamile lanzó un grito y empezó a dar brincos antes de salir corriendo de la casa. A esas alturas, Amelia pensaba que su hermana era un caso perdido.

12. UNO POR UNO

AMELIA no podía dejar de pensar en las fotografías y las cartas que había encontrado del señor Alfred. El parecido de este con su sobrino seguía asombrándola. Tomó un puñado de fresas del canasto y las colocó en la balanza; luego las echó en una bolsa. Estaba convencida de que Cam había llegado a la villa para repetir la historia de su tío y cambiar el desenlace.

No podía ser simple coincidencia que él heredara la casa y encontrara una maleta que guardaba el pasado de Alfred. Si el destino lo había puesto ahí, también debía encontrar a su “Mariam”. Sin embargo, a Amelia le costaba creer que esa persona fuese Kamile. Se mordió el labio inferior. El señor Alfred le había contado que su prometida había nacido en la villa, pero jamás escuchó a nadie mencionar a Mariam.

—Te pedí zanahorias, no zapallo —gruñó el señor Lebran.

—Oh, lo siento, señor Lebran.

—Menuda cabeza de novia...

Amelia sonrió con esfuerzo. Estiró el brazo para alcanzar el canasto que estaba detrás de las ciruelas.

—¿Para cuándo es la boda? —preguntó él.

—Todavía no hay fecha —contestó, metiendo las zanahorias en una bolsa—. ¿Se lleva también las patatas?

—Pero debes casarte antes de que se te note...

Amelia frunció el ceño.

—¿Se me note qué cosa?

El hombre se inclinó hacia ella y susurró:

—El embarazo.

La bolsa se le resbaló de las manos, y las zanahorias comenzaron a rodar por la pendiente de la avenida. Amelia corrió tras los vegetales.

—¡No pienso pagar por eso! —chilló él a sus espaldas.

Ella recogió las zanahorias y regresó al carro de verduras, casi sin aliento. Contó hasta tres para calmarse. Tal vez había escuchado mal.

—¿Embarazo? —repitió ella.

—No intentes negarlo, Amelia, todos lo sabemos —insistió el señor Lebran—. Además, en unas semanas se te notará —agregó, imitando una gran barriga con la mano.

Amelia parpadeó con incredulidad.

—¿De dónde ha sacado semejante idea?

—¿Existe otra explicación para que te hayan pedido matrimonio?

La muchacha echó la cabeza hacia atrás, arrugando la frente.

—¿Está diciendo que ningún hombre podría amarme?

—Amelia... Amelia... digo que eres una chica de pueblo, y puede que él se haya aprovechado de ti.

No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Ahora asegura que soy tonta?

—Solo quiero mis zanahorias —exigió él.

Ella, de mala gana, le entregó la bolsa que sostenía en la mano.

—No voy a pagar por ellas —se quejó.

Amelia arqueó una ceja, alzando la barbilla con altivez.

—¿Alguna vez me ha pagado algo, señor Lebran?

Él bufó.

—No te contesto porque estás embarazada.

—¡Maldita sea! —gritó ella—. ¡No estoy embarazada!

La gente a su alrededor se volvió para mirarla, sorprendida. Probablemente era la primera vez en veintiséis años que la veían alzar la voz. El señor Lebran la contempló unos segundos en silencio y luego añadió:

—Sigo esperando que me devuelvas el dinero de aquellos limones secos que me vendiste.

Amelia sacó unas monedas de la billetera y se las dio.

—¡Fuera de aquí! —rugió—. ¡Y si no le gustan mis verduras, deje de comprarlas!

El anciano apretó la mandíbula y se marchó con las zanahorias.

Amelia se volteó al escuchar aplausos a sus espaldas. “¡Justo lo que necesitaba!”, pensó al ver al americano idiota sonriendo de oreja a oreja, montado en la bicicleta rosa que él mismo había destrozado tiempo atrás. Por lo visto, la había reparado. Y eso solo podía significar una cosa: tendría que devolverle la chaqueta. La chaqueta que, contra toda lógica, se había convertido en su favorita.

—Tu estrategia de marketing te llevará a la ruina, cariño —comentó él.

Ella se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿Y qué me sugieres? —le preguntó con marcado sarcasmo.

—Empieza por algo básico: que sea el cliente quien te pague y no al revés.

Amelia mostró una sonrisa avinagrada.

—Gracias. Lo tendré presente y lo añadiré a mi lista de “vete al demonio”.

—Tienes más clientes esperando —advirtió Cam.

Ella se volteó.

—¡Juliette! ¿Cómo está el pequeño Junior?

—Bastante inquieto... sobre todo por las noches —respondió Juliette, y sus ojeras confirmaban su cansancio.

—¿Te llevarás fresas?

—Odio las fresas —repuso Juliette—. Comí demasiadas durante el embarazo. En realidad, te buscaba para que cuidaras a Junior.

—¿Quieres que sea tu niñera?

—Solo por esta noche... así prácticas para cuando llegue el tuyo.

—¡No estoy embarazada!

—Si es varón, puedo pasarte la ropa de Junior —continuó Juliette, ignorando por completo su protesta. ¿Acaso nadie la escuchaba en esta maldita villa?

Juliette se hizo a un lado para acercarse a Cam.

—Tú eres el que me llevó al hospital, ¿no?

—Sí —admitió él, recostándose sobre el manubrio de la bicicleta—. Todavía lucho por quitar el líquido de tu placenta del asiento.

—Nunca tuve oportunidad de agradecerte lo que hiciste aquella noche, ni las flores que me enviaste al día siguiente al hospital.

Amelia pestañeó, atónita.

—¿Tú le enviaste flores?

—Y un oso precioso para Junior —agregó Juliette.

—Fue idea de mi asistente —minimizó Cam, encogiéndose de hombros.

Él no tenía ningún asistente.

—¿Entonces te espero a las ocho, Amelia? —dijo Juliette a modo de afirmación más que de pregunta.

Amelia respiró hondo y asintió. Juliette la besó en ambas mejillas antes de marcharse, dejándola con un nuevo compromiso: cuidar de un recién nacido. Estupendo. Cam acercó la bicicleta, colocándola entre las piernas de Amelia, inclinándose hacia ella y mirándola fijamente a los ojos.

—¿Alguna vez le has dicho que no a alguien?

Ella adoptó un aire pensativo.

—Sí, a ti.

Cam se bajó de la bicicleta y la dejó a un costado, mirándola a ella de arriba abajo como si fuese de otro planeta.

—Apuesto a que ninguna de estas personas te ha complacido ni una sola vez —comentó, negando con la cabeza.

Amelia trató de rebuscar en su memoria una réplica contundente, pero no recordaba la última vez que alguien hubiera hecho algo por ella.

—¿Y tú qué sabes? —gruñó—. Además, puedo arreglármelas sola.

Él chasqueó la lengua.

—Eso significa que tengo razón.

A Amelia le gustaba sentirse útil. Sin embargo, desde que el americano había llegado a la villa, parecía empeñado en desmoronar su pequeño mundo. El modo en que la observaba la ponía nerviosa. Señaló la bicicleta con el dedo.

—Tu deuda queda saldada; ya puedes irte.

Cam se encogió de hombros.

—La verdad, no tengo nada más que hacer.

—¿No estabas arreglando la casa? —insistió ella.

—Decidí contratar expertos para que se encarguen.

—En ese caso, haz como cualquier persona normal de vacaciones y vete a hacer turismo por ahí.

—¿Intentas deshacerte de mí, cielo?

Amelia sonrió, mostrando todos los dientes.

—Así que también eres adivino, Cam O’Connel.

El americano suspiró y miró por encima de su cabeza, hacia el castillo que estaba en la cima de la colina.

—¿Sabes? Soy de los que opinan que las vacaciones se disfrutan mejor tirado en el sofá con el control de la tele en la mano —dijo—. Admiro a esos turistas que apenas llegan quieren conocerlo todo, se levantan antes de que salga el sol y regresan más agotados de lo que se fueron. ¡Las vacaciones deberían ser para descansar!

Amelia bajó la barbilla y lo miró a la cara.

—¿Entonces, desde que llegaste, no has conocido nada de la villa?

—¿Te refieres a museos, monumentos y esas cosas?

Ella asintió con la cabeza.

—Pff... aburrido.

—Americano...

Cam enarcó una ceja.

—Así que... ¿podrías hacerme un tour por el pueblo?

Amelia se cruzó de brazos y puso los ojos en blanco.

—Bien, lo haré —aceptó.

—¡Ja! —soltó él—. Acabas de decirme que sí otra vez. Admítelo, no tienes valor para decir no a nadie.

—Oh, eres... eres un americano ignorante, prepotente... ¡malagradecido!

Cam la rodeó con un brazo y la atrajo contra él.

—Cierra la maldita boca, Amelia L'Amour —le ordenó—. ¿Se puede subir a esa cosa que está en la cima de la montaña?

Ella lo apartó de un empujón.

—Esa “cosa” es un castillo, americano ignorante —le espetó, apartándose un mechón de pelo de la cara—. Y sí, puedes subir a la torre y ver toda la villa.

Él se puso las gafas de sol y le dirigió una sonrisa.

—Perfecto, pues empecemos por ahí.

13. FORTALEZA REAL

LEVANTÓ los brazos sobre la cabeza al salir a la terraza de la torre. Era un mirador magnífico que ofrecía una vista panorámica de Aveyron y del pueblo. El castillo había sido erigido a mediados del siglo XIII por Alfonso de Poitiers, hermano del rey Luis IX, y durante largo tiempo había funcionado como fortaleza de la ciudad. Amelia miró de reojo a Cam y notó que lucía como si acabara de correr una maratón.

—Admite que esto es mucho mejor que estar tirado en el sofá —comentó ella.

Él se llevó una mano al pecho, tratando de recuperar el aliento.

—Me habías dicho que el castillo tenía ascensor —se quejó.

Amelia frunció el ceño.

—¿Eso dije? —replicó con fingida inocencia.

—Tampoco hay cerveza gratis, ¿verdad?

—Disfruta la vista, Cam —dijo, aproximándose al borde de la muralla—. ¿Sabes? Siempre imagino que cada piedra de esta fortaleza guarda un secreto. Me gusta cerrar los ojos y creer que oigo sus susurros.

Cam se ubicó a su lado y se quitó las gafas de sol para observar la villa.

—¿Y qué es lo que escuchas?

—Escucho los grandes momentos de la historia: la primera ocupación inglesa, la cruzada contra los albigenses, la Guerra de los Cien Años, el encierro de los templarios en las mazmorras, la revuelta de la población contra la Iglesia... y sin mencionar la Revolución Francesa.

—¿Y la parte en que engañaste a un americano para que trepara hasta aquí?

Amelia se llevó un dedo a la mejilla, haciéndose la pensativa.

—He dicho “grandes momentos” en la historia de la humanidad —bromeó.

Él esbozó una sonrisa perezosa y metió las manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

—No está mal este lugar.

—No digas tonterías y reconoce que jamás has visto algo mejor.

La sonrisa de Cam se desvaneció. Se quedó contemplándola durante un instante.

—Nunca vi nada más hermoso —admitió.

Por alguna razón, Amelia creyó que no se refería precisamente al paisaje. Aclaró su garganta.

—Estuve revisando las fotografías que encontramos en la maleta —confesó—. Hallé una de tu tío con Mariam, besándose en esta misma terraza.

—¿Con su prometida, la que terminó casándose con mi otro tío? —Cam arqueó una ceja—. ¿Sabes si ese tío sigue vivo? Quizá me toque otra herencia.

Amelia se cruzó de brazos y resopló.

—¿Crees en la reencarnación?

Él puso los ojos en blanco.

—Por favor, Amelia, no empieces de nuevo.

—Las coincidencias no existen, Cam —insistió ella—. El parecido con tu tío es impresionante. Tienes que encontrar a tu “Mariam”. Creo que esa es tu misión de vida y por eso viniste aquí.

—Te aconsejo no pensar demasiado; tu cerebro está desbordando de ideas absurdas.

Amelia sacó la fotografía de su bolso y se la tendió.

—Al menos intenta conectar con tu tío Alfred.

Él inclinó la cabeza y se humedeció el labio inferior.

—¿Quieres que observe esta foto y me comunique con mi difunto tío? —repitió, incrédulo.

—Sí —afirmó—. En la imagen él parece feliz. Si te esfuerzas, puede que esa vibración positiva los una de alguna forma.

Cam se echó a reír.

—¿Estás bromeando, verdad? —replicó—. ¡Ay, Amelia, estás más loca de lo que creía!

Tal vez sí lo estuviera, pero ella no soportaba el destino que el señor Alfred había tenido.

Creía que, a través de Cam, su tío por fin podría cerrar aquella historia.

—Solo mira la maldita foto... —le ordenó.

—¿Y luego prometes no volver a sacar este tema?

—Te prometo no insistir más por hoy —puntualizó.

Cam asintió. Observó la fotografía por un instante y una sonrisa fugaz apareció en sus labios, para luego desvanecerse rápidamente.

—¿Y? ¿Sientes algo? —preguntó ella con impaciencia.

Él se rascó la nuca y alzó la mirada.

—No lo sé... creo sentir algo, pero no estoy seguro.

—¡Te lo dije, Cam!

Él inspeccionó los alrededores.

—Estamos en el mismo sitio que en la foto, pero falta algo...

—¿Mariam? ¿Es ella la pieza que falta?

—¡Exacto! —exclamó él—. Tú deberías ocupar su lugar.

Amelia apoyó la espalda contra la muralla y frunció el ceño.

—Pero en la foto ellos se besan —dijo—. Además, no me parezco en nada a Mariam.

—Lo lamento, pero en ese caso no creo que pueda ayudarte —repuso Cam, devolviéndole la fotografía.

—¿Dices que sentiste algo?

—Fue un cosquilleo rápido y eléctrico —respondió él—. Pero tal vez podría conectar mejor con mi tío si sintiera el calor de Mariam.

“Nadie se ha muerto por un beso, ¿verdad?”, pensó ella.

—Bien... —aceptó.

Él levantó una ceja.

—¿Estás diciendo que puedo besarte? —preguntó con cautela.

—Lo hago por el señor Alfred —aclaró Amelia.

De pronto, todo su interior la tachó de mentirosa. Cam se acercó y el corazón de ella empezó a latir con fuerza.

—Debemos recrear la misma situación —explicó él, y Amelia asintió—. Mariam llevaba el cabello ladeado —comentó, acomodándoselo sobre un hombro—. Y la mano de mi tío estaba en su nuca, la otra en su cintura —añadió, marcando el gesto.

El rostro de Cam quedó a pocos centímetros del suyo. Amelia podía sentir cómo el aire entraba por su nariz, y la tensión se intensificó. El beso no significaba nada para ella; sin embargo, los nervios la traicionaban. Sus ojos se perdieron en el azul de los de él, y su mente se quedó en blanco. Cam inclinó la cabeza y sus labios se fundieron con los de ella. Sintió la fuerte presión de sus dedos sobre la nuca, mientras la besaba de un modo provocador, con besos largos, húmedos y ardientes, como si se hubiera tomado demasiado en serio el papel de “tío Alfred”. El roce áspero de su mentón le arrancó un jadeo, igual que el contacto de su lengua. Sobresaltada, se separó.

—¿Pudiste sentir algo? —murmuró Amelia, respirando entrecortadamente.

Cam tenía la nariz y los pómulos sonrosados.

—¡Vaya que sí! —respondió con la voz ronca—. Pero me cortaste la inspiración, cariño.

Antes de que ella pudiera replicar, Cam la besó de nuevo. Esta vez, la intensidad fue mayor. Amelia experimentó una pasión desconocida que la atemorizó. Durante unos segundos, creyó ser Mariam. Jamás había sentido un vínculo tan terrenal y tan ardiente, que anulara su noción de tiempo y espacio. Se sostuvo de sus hombros para no perder el equilibrio, mientras Cam deslizaba la mano hasta su trasero y la estrechaba contra él. De pronto, la cordura regresó un instante.

—Dudo que en la foto el señor Alfred estuviera tocándole el trasero a Mariam —comentó, apartándolo con un empujón.

Los ojos de Cam chispearon.

—¿Ah, no? Yo habría jurado que sí —dijo con diversión.

Amelia aclaró la garganta.

—¿Ese beso te ha servido de algo? —preguntó, yendo al grano.

—Oh, sí —afirmó—. He demolido mi teoría de que eras una mujer fría.

—Sabes a qué me refiero, Cam —gruñó ella, apretando los dientes.

—También descubrí que disfrutaste mis besos —expresó él—. Admítelo: tu agresividad hacia mí es puro deseo reprimido.

Amelia entornó los ojos.

—Nunca sentiste una conexión con tu tío, ¿verdad? —susurró, sintiéndose idiota por haber caído en su juego.

Él agachó la cabeza para ocultar la sonrisa.

—Solo fue... una sensación —mintió descaradamente.

—¡Te has burlado de mí!

—Vamos, Amelia, ¿hablas en serio al pedirme que reescriba el final de mi tío? ¡Eso no existe ni aquí ni en América! —exclamó—. Reconoce que te inventaste toda esta historia para quedarte con mi herencia.

Ella soltó un bufido de indignación.

—¡Americano arrogante, métete la herencia por el...!

Cam se acercó y le cubrió la boca con la mano.

—Bien, lo siento, no quise decir eso —se disculpó—. ¿De verdad crees en todo esto?

Amelia asintió.

—¿Y qué se supone que haga? —preguntó él, mirándola fijamente, empezando a sentir un atisbo de compasión.

—Encuentra a tu “Mariam” —repuso, apartándole la mano.

—¿Y si Mariam no existe?

—¡Existe! Conozco a alguien en la villa que puede ayudarnos a encontrarla.

Le pediría ayuda a la persona de mayor edad del pueblo; seguramente había conocido la historia de Mariam.

14. EL SECRETO MEJOR GUARDADO

ODETTE era la mujer más longeva de la villa; probablemente tendría casi la misma edad que Mariam. Era una tía lejana por parte de su padre. Los hizo pasar a la sala y les pidió que se acomodaran en un antiguo sofá de tres cuerpos. Amelia había conseguido convencer a Cam para que la acompañara, aunque la palabra convencer significaba que prácticamente lo había agotado hasta que aceptó. El americano se hundió en uno de los cojines, fulminándola con la mirada de soslayo cuando su vecina lo confundió con su tío Alfred. Odette también notó el parecido.

—Él es Cam, señora Odette, el sobrino del señor Alfred.

Su tía recuperó el color tras palidecer la primera vez que vio al americano.

—Te pareces mucho a Alfred cuando era joven —murmuró.

Cam hizo una mueca.

—Eso dicen...

Amelia apoyó las manos sobre su regazo y enderezó los hombros.

—Justo le comenté lo mismo cuando encontramos las fotos de su tío y de Mariam, su prometida.

De pronto, el rostro de Odette se tensó.

—¿A qué vinieron? —inquirió—. Creo que ayer ya me trajiste todas las verduras, Amelia.

—Sí, pero nosotros vinimos...

—Cuando ella dice nosotros, en realidad quiere decir ella —corrigió Cam.

Amelia le propinó un pisotón para hacerlo callar y después sonrió.

—Pensamos que tal vez conociste a Mariam... la prometida de Alfred.

—Hace tiempo que nadie habla de Mariam —comentó Odette con un tono áspero.

Amelia bajó la barbilla y la miró a los ojos.

—¿Entonces llegaste a conocerla?

—Sí, debo admitir que sí. La conocí muy bien.

Cam apoyó el codo en el brazo del sofá, la mano en la mejilla, y exhaló un suspiro cansino.

—No sabe el error que acaba de cometer confesando que la conoció —dijo—. Después de escuchar las teorías disparatadas de Amelia, si usted decide encerrarla en un manicomio, cuente con mi firma.

Amelia sintió ganas de apuñalarlo con la mirada. Se suponía que Cam estaba de su lado.

—Tú siempre tan bromista... —murmuró en un tono que destilaba advertencia.

Odette frunció el ceño.

—¿A qué viene todo esto, Amelia?

—Tal vez le suene algo delirante lo que voy a decir, pero...

—¿Solo algo delirante? —la interrumpió Cam.

Amelia lo miró de soslayo y forzó una sonrisa punzante.

—Si no vas a colaborar, límitate a observar, ¿sí? —respiró hondo y continuó—: Creemos que Cam está aquí para terminar la historia que el señor Alfred no pudo.

—Error: quien lo cree eres tú, cielo —terció él, mirando a Odette—. Entre los dos, soy el más cuerdo.

—Será mejor que se vayan de mi casa —murmuró Odette.

Cam se puso de pie de un salto.

—Es lo más sensato que he oído en todo el día.

Ella lo agarró del brazo y lo obligó a sentarse de nuevo.

—Todavía no hemos terminado —advirtió con firmeza—. No me iré hasta que me digas todo lo que sepas de Mariam.

—Mariam fue la muchacha más egoísta y narcisista que he conocido. Destruía todo lo que tocaba. Alfred no fue inmune a eso.

El señor Alfred había amado a su prometida; siempre le habló maravillas de ella. ¿Era posible que Odette estuviera confundida?

—Creo que no hablamos de la misma persona —refutó Amelia.

—Hasta donde sé, Alfred tuvo una sola prometida llamada Mariam —aclaró Cam.

—Mariam no era quien ustedes creen —sentenció Odette, acomodándose las gafas de lectura—. Nadie la conoció mejor que yo.

—¿Por qué? —replicó Amelia.

—Porque ella era mi hermana.

Amelia abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir. ¿Su hermana? ¿Mariam también era de la familia? ¿Por qué nadie había hablado antes de ella?

—Oh... —fue lo único que pudo articular.

Cam chasqueó la lengua.

—Esto se pone interesante.

—Mariam se interesó en Alfred en cuanto supo que a mí me gustaba —prosiguió Odette.

—¿Por qué nadie en nuestra familia la ha mencionado? —se atrevió a preguntar Amelia.

—Porque Mariam fue una joven difícil que causó mucho daño. Todos prefirieron olvidarla.

Amelia negó con la cabeza.

—Me niego a creerlo —susurró—. El señor Alfred me contó...

—Solo lo que Mariam quiso que él creyera.

Se levantó de golpe; todo se desmoronaba. Si Odette decía la verdad, la teoría de Amelia sobre Cam y su linaje familiar se iba a pique.

—¡Mientes! —espetó—. Mariam fue el gran amor del señor Alfred, y voy a encontrarla para que Cam pueda cambiar la historia de su tío.

El americano lanzó un bufido.

—¿Tú quieres que encuentre a mi “Mariam”? ¿Te has vuelto loca? Ya conocí a unas cuantas así, cariño, y las quiero bien lejos.

Amelia lo fulminó con la mirada, obligándolo a callar.

—¿Por qué crees que Odette miente? —le cuestionó Cam.

Buena pregunta. Porque, de ser cierto, no existiría ninguna señal que su querido Alfred le estuviera enviando. Sin embargo, ella prefería aferrarse a su idea. Encontraría a “Mariam” para

que él descansara en paz.

—Puede que esté resentida porque Alfred prefirió a su hermana —expuso su teoría Amelia.

—No eres más que una niña ingenua —masculló Odette—. Lee todas las cartas que encontraron y decide por ti misma si miento o no —tomó la taza de té y bebió un sorbo—. Ahora váyanse de mi casa.

—¡Con gusto nos marcharemos! —exclamó Amelia, ofendida—. ¡Levanta el trasero del sillón, Cam!

Odette alzó la mirada.

—No te olvides de las alcaparras cuando me traigas el pedido mañana.

—¡No me olvidaré de sus malditas alcaparras!

—¡Cierren la puerta al salir!

—¡Gracias por nada! —replicó Amelia, saliendo enfurecida.

Cam se quitó la chaqueta al salir de la casa de Odette y se la entregó a Amelia para protegerla de las primeras gotas de lluvia. Ella se sentía frustrada y enojada consigo misma por haber permitido que su imaginación tomara el control de su realidad. El destino le estaba jugando una broma cruel.

—¿Te llevo a casa? —preguntó él, haciendo sonar la bocina de la bicicleta rosa.

Pese a su enfado, Amelia sonrió.

—¿Crees que estoy loca?

—Definitivamente sí, cielo.

Ella apretó los labios y se sentó en la parrilla trasera.

—Americano bruto, deberías haberme dicho que no.

—Cariño, dime alguien que no esté loco.

—Dime alguien a quien le guste que le llamen loco.

Él soltó una carcajada y alzó la mirada al cielo cuando resonó un trueno.

—Agárrate bien, te llevaré a casa.

Amelia rodeó su cintura con los brazos y apoyó la cabeza contra su espalda.

—Espero que manejes mejor la bicicleta de lo que conduces tu coche.

—Tranquila. La única mujer que podía cruzarse en mi camino, ahora va detrás de mí.

Ella relajó los hombros, dejándose llevar por Cam mientras caían las últimas lloviznas del verano, y su mente procesaba toda la información que Odette acababa de soltarles. Ahora todo cobraba sentido: si Mariam había sido su tía, las señales eran claras: Kamile era Mariam. Llegar a esa conclusión le provocó un fuerte dolor en el pecho.

15. EL CALOR DE LA HORNALLA

CAM encontró a Amelia sentada sobre la alfombra de la sala, con las piernas cruzadas en posición de indio, revisando las fotografías y leyendo las cartas halladas en la maleta. “Debía estar chiflada por creer en todas esas tonterías”, pensó. Y él debía de estar demasiado aburrido para seguirle las locuras. Sin embargo, Amelia había logrado algo impensable: que se olvidara de sus restaurantes. Lo peor era que empezaba a disfrutar los ratos que pasaba con ella. Cada mañana despertaba imaginando con qué nueva locura aparecería Amelia ese día. Se sorprendió a sí mismo sonriendo como un bobo. Se apoyó en el marco de la puerta y aclaró la garganta.

—Hablé con mi abogado —soltó.

Amelia levantó la mirada hacia él.

—¿Y qué dijo?

Cam metió las manos en los bolsillos del pantalón y avanzó un par de pasos.

—Dijo que el último testamento anula el anterior.

—¿Entonces reconoces que tu tío me dejó la mitad de su casa?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

Ella entornó los ojos.

—¿Eso es un “sí”?

—Tal vez me haya equivocado contigo.

—¿Y las disculpas no van contigo, verdad?

Cam cruzó los brazos a la altura del pecho.

—Si mal no recuerdo, tú tampoco fuiste muy amable.

—¿Quieres decir que soy yo quien tiene que disculparse?

Él asintió lentamente.

—Por lo menos lo admites...

—Escucha bien, americano narcisista. De mi boca no vas a oír nada parecido.

Los labios de Cam se curvaron en una media sonrisa.

—¿Ves, cariño? No somos tan distintos tú y yo.

Ella bufó.

—Que la tierra me trague si me parezco a ti —murmuró.

Él señaló las cartas con un leve movimiento de la barbilla.

—¿Las leíste todas?

—No, no me atreví —confesó Amelia—. ¿Y si Odette tenía razón? ¿Y si Mariam no era la mujer que yo creía? —inclinó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro—. ¿Cómo voy a ayudar al señor Alfred ahora?

Cam avanzó otro paso, se acucilló a su lado y le tomó la mano.

—Lo ayudaste acompañándolo en vida —le recordó—. Mi tío fue el único responsable de las decisiones que tomó. Tú y yo no podemos cambiar eso —guardó las fotos y las cartas dentro de la lata—. Deberías olvidarte de todo este asunto, Amelia. No te hace bien.

De pronto, el retrato de su tío se desprendió de la pared y cayó al suelo. Cam miró enseguida a Amelia.

—Ni se te ocurra decir que esto fue otra señal.

Amelia esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Claro, solo es una coincidencia.

—¿Prometes olvidarte de todo?

—Tal vez tengas razón y sea lo mejor.

En ese mismo instante, las luces se apagaron, dejando la sala en plena oscuridad.

—¿Esto también es coincidencia? —murmuró ella.

—Cierra la boca, Amelia —contestó Cam, con un dejo de resignación.

Amelia se puso a preparar la cena a la luz de las velas, mientras Cam bajaba al sótano para intentar arreglar el generador. La tormenta había llegado con ferocidad y había dejado a la mitad de la villa sin energía eléctrica. Metió las papas peladas en la olla y luego cortó berenjenas y calabaza sobre la tabla, colocándolas a la plancha. Por más que quería dejar de pensar en el señor Alfred, algo se lo impedía. Sentía que solo descubriendo la verdad se liberaría de esa obsesión; estaba convencida de que esa era la razón por la cual se encontraba en esa casa.

De pronto, la luz regresó, y Cam apareció en la cocina unos segundos después.

—Has conseguido arreglarlo —comentó ella.

Él se quitó la camiseta manchada y se puso un delantal. “¡Por Dios, qué sexy es!”, pensó Amelia, apartando la vista para centrarse en las verduras que tenía en la tabla. Un calor la recorrió al recordar el apasionado beso que le había dado, y el empeño que había puesto en restarle importancia no estaba dando frutos. Se repitió, una vez más, que el americano no era su tipo y que ella no lo era para él.

—¿Acaso dudaste de mí? —preguntó Cam, mientras sacaba dos copas de la alacena.

—No pareces el tipo de hombre que se dedica a reparar cosas —respondió ella.

Los labios de Cam se curvaron en una sonrisa seductora.

—¿Qué clase de hombre crees que soy?

Amelia se limitó a lavar la tabla bajo el grifo.

—Prefiero tener una noche en paz, ¿sí?

—¿Tan mal concepto tienes de mí, Amelia L’Amour?

Ella respiró hondo y se volvió hacia él.

—Ni siquiera me has preguntado cómo era tu tío.

—¿Para qué? Si me parezco a él, debió de ser un tipo estupendo —soltó con su acostumbrado tono burlón.

Ella puso los ojos en blanco. Encendió el horno y metió las berenjenas con queso para gratinarlas.

—Recuerda que Narciso se cayó en la fuente y se ahogó —comentó.

Cam soltó una risa mientras revisaba la etiqueta de la botella de vino que tenía en la mano.

—Vaya, es una cosecha del cincuenta y cinco.

—Debe valer una fortuna...

Él descorchó la botella, sirvió el vino en dos copas y le ofreció una.

—Un buen vino para sellar nuestra sociedad.

—¿Sociedad?

—La casa es de los dos.

—Ah, claro —asintió ella—. Pero no pienso vender mi parte —le advirtió.

Él esbozó una media sonrisa y probó el Malbec, saboreándolo despacio.

—Ya hablaremos de eso luego, cariño.

Amelia sintió que, de pronto, el ambiente se volvía más caluroso. Cam cortó una hoja de albahaca de la maceta y se la acercó a la nariz.

—¿Has tenido noticias de tu novio? —indagó con curiosidad.

La pregunta la tomó por sorpresa. Hasta se había olvidado de su falso prometido. Se secó las manos con el delantal y aclaró la garganta.

—Tiene mucho trabajo... apenas logro comunicarme con él. Está a cargo de un caso importante. Es un excelente abogado.

—¿Abogado? —repitió Cam—. ¿No habías dicho que era doctor, en Médicos Sin Fronteras en África?

Amelia tragó saliva. Había dado tantas versiones de su prometido imaginario que ya no recordaba la que le había contado a él.

—Es doctor, pero no de esos. Lucha por liberar a los pandas de África.

Cam arqueó una ceja.

—¿Pandas en África?

“¡Diablos!”, pensó Amelia. Americano entrometido.

—Es una subespecie de panda casi desconocida, en peligro de extinción.

Amelia destapó la olla sin agarraderas y soltó un grito al quemarse la mano.

—¡Maldita sea!

Cam abrió el grifo y puso sus manos bajo el chorro de agua fría.

—¿Mejor?

Ella asintió, mirándolo a los ojos mientras él acariciaba la palma de su mano con suavidad. Notó cómo se le aceleraba el pulso, y aquello la asustó; dio un paso atrás, alejándose de él con torpeza.

Amelia bebió el último sorbo de vino de su copa, y antes de que se dieran cuenta, la botella había quedado vacía. Añadió queso fresco, mantequilla, nata, pimienta y sal al puré, omitiendo el ajo para evitar el mal aliento. Mientras tanto, Cam se colocó detrás de ella y apoyó las manos sobre sus hombros, deslizando los dedos con suavidad a lo largo de sus brazos. La calidez que le transmitía le provocó un cosquilleo agradable en el vientre.

—Huele delicioso... —susurró él junto a su oído.

Cam inclinó la cabeza hasta rozarle el cuello con los labios. Ella se estremeció y culpó al vino por haber bajado su guardia.

—¿Quieres probar? —preguntó Amelia.

—¿Te refieres al Aligot?

Ella sonrió mientras giraba para mirarlo.

—¿A qué más podría referirme?

Cam entornó los párpados.

—Ten cuidado con lo que preguntas, cariño.

Amelia lo silenció llevándole una cucharada de Aligot a la boca.

—Le falta ajo —comentó él, saboreando la mezcla.

—¿Sabes de cocina?

—Soy chef, cariño.

—¿Tú, chef? —repitió Amelia—. ¿Bromeas?

—De hecho, tengo cinco restaurantes en América —murmuró él, extendiendo un brazo y

apartando con cuidado un mechón de cabello detrás de su oreja.

—¿Y por qué no te he visto cocinando?

—Porque prometí no hacerlo. Me obligaron a tomarme unas vacaciones después del preinfarto que sufrí.

—¡Dios mío, Cam! —gimió ella, consternada—. ¿Te encuentras mejor?

—¿Es preocupación lo que veo en tus ojos?

—Tú eres el insensible aquí, Cam —resopló, cruzándose de brazos—. Tienes el don de sacar lo peor de mí.

—Amelia... yo... hay algo en ti... —balbuceó, manteniendo la mirada fija en la de ella.

De pronto, la habitación se inundó con una melodía procedente del despacho que solía usar el señor Alfred. Cam frunció el ceño.

—Dime que también oyes eso —murmuró. Observó su copa vacía y añadió—: O he bebido demasiado vino.

Ella sonrió.

—Es el tocadiscos de tu tío Alfred; suele encenderse solo —explicó—. Tranquilo, ya te acostumbrarás.

Cam descorchó otra botella y llenó las copas con el Malbec.

—¿Planeas emborracharme? —bromeó ella, aceptando la copa.

—Solo quiero que pasemos una buena velada, tú y yo —repuso él—. ¿Quieres bailar?

No le dio tiempo a contestar. Le quitó la copa de la mano y la dejó sobre la mesa. Luego, se acercó a ella, rodeó su cintura y sujetó su mano con delicadeza. Su cuerpo comenzó a balancearse al compás de la música, mientras sus ojos se encontraban con los de ella.

De fondo, la dulce voz de Lucienne Delyle inundaba el ambiente. Amelia sintió una extraña sensación, como si ese momento ya lo hubiese vivido antes. Como si sus almas se reconocieran de vidas pasadas. La música subió de volumen, y Cam la hizo girar mientras susurraba:

—Tráeme una escalera para bajarte una estrella...

—...para que brilles dentro de mí eternamente —completó ella, casi sin darse cuenta.

Ambos quedaron inmóviles, mirándose con sorpresa. Amelia conocía la letra porque la había inventado.

—¿Cómo sabes esa canción? —preguntó él, desconcertado.

—Porque yo la creé... Además, la tarareo siempre. ¿Tú también? ¡Diablos!

—Pensé que era mía —murmuró Cam, sujetando su copa y acabando la bebida de un solo trago.

Amelia bajó el mentón y lo observó atentamente.

—¿Crees... crees que...?

—Ni se te ocurra decirlo en voz alta —la interrumpió, señalándola con un dedo.

En ese momento, percibieron un olor a quemado. Amelia abrió los ojos de par en par al ver que salía humo del horno.

—¡Diablos! ¡Se están quemando las berenjenas!

Cam la ayudó a sacar la bandeja y la depositó en el fregadero, pero el humo activó la alarma contra incendios y empezó a caer agua del techo.

—¿Desde cuándo una casa como esta tiene alarma? —protestó él, entornando los ojos para protegerse de las gotas.

—Desde que el señor Alfred casi quema todo —contestó ella, intentando cubrir lo que podía salvar de la cena.

El agua dejó de caer, y ambos quedaron empapados. Se miraron en silencio, conscientes de que el momento era inevitable; la tensión que flotaba en el aire era más fuerte que ellos. Como si el agua solo hubiera avivado un fuego interior, Cam acortó la distancia, tomó el rostro de Amelia entre sus manos y la besó.

—Me has hechizado, Amelia —susurró con la respiración agitada.

Ella le acarició la mandíbula y lo obligó a mirarla.

—¿No te parece extraño? Como si este instante lo hubiéramos vivido antes... como si nos conociéramos de antes.

Él asintió con la cabeza.

—Te deseo, Amelia. Te deseo tanto que duele.

Sus bocas se encontraron con urgencia una vez más. Él deslizó la mano sobre su pecho con una lentitud indecente; sus caricias prometían placer. Sus besos húmedos se hicieron pausados, como si bebiera los gemidos que escapaban de su garganta. Cam la tomó de las caderas con firmeza y la sentó en el borde de la encimera. Amelia lo atrajo hacia sí, sujetándolo de la pretina del pantalón, y contuvo un respingo al notar su erección. Alargó el brazo para desabrochárselo, pero él le sujetó la mano.

—Vas muy rápido, cariño —murmuró, esbozando una sonrisa.

Le bajó la cremallera del vestido y se lo quitó por la cabeza. Ella, aturdida, apenas sintió cuando él le retiró las bragas de un tirón. Apoyó la mejilla en su hombro y jadeó contra su piel mientras Cam introducía la mano entre sus muslos para acariciarla con sus largos dedos.

—Cam... —gimió, mordiéndole el hombro.

—¿Te gusta, cielo?

—Oh, sí... —respondió, dejándose llevar por el deseo—. No es justo que tú sigas con ropa.

Amelia lo ayudó a deshacerse del delantal y los pantalones. Se inclinó hacia atrás, recostándose sobre los codos, y contempló su cuerpo escultural. Se le escapó un silbido de los labios.

—Eres guapo, Narciso.

Él alzó una ceja mientras hacía que sus pectorales se movieran, subiendo y bajando con deliberada exageración.

—¿Eso crees?

Ella se mordió el labio inferior.

—Ven aquí...

Cam sacó un envoltorio metalizado de la billetera, lo rompió y volvió a acercarse tras haberse puesto protección.

—¿Dónde habíamos quedado? —susurró, rozando sus labios con suavidad—. Ah, sí... ya lo recuerdo.

Deslizó la punta de su lengua sobre la boca de Amelia, apoderándose de ella por completo. Entre jadeos, ella arqueó la espalda, acogiendo en su interior el miembro duro de Cam y

acompañó sus movimientos con sus caderas para sentirlo bien adentro, mientras sus dedos la enloquecían con un placer exquisito. Lo miró a la cara y ahuecó una mano en su mejilla. No tenían prisa por alcanzar el clímax; se limitaban a descubrirse mutuamente. Su cuerpo lo acogía entre espasmos cada vez que él se hundía en su interior de forma increíblemente lenta y placentera. Cam aceleró el ritmo, llegando al fondo con cada embestida. Cuando alcanzó lo más alto de esa tortuosa cima, el placer se apoderó de ella y, mientras los espasmos sacudían su cuerpo, se aferró a sus caderas con las piernas, dejándose llevar. El orgasmo fue desbordante, y cada vez que creía que acababa, el placer remontaba de nuevo. Sintió a Cam estremecerse antes de correrse en su interior con violentos temblores.

Permanecieron en silencio hasta que recuperaron el aliento y el equilibrio. Él le mordisqueó la barbilla y luego sus labios descendieron hasta su cuello.

—Estuviste increíble, cariño —susurró, abrazándola con fuerza.

Amelia apoyó la frente en su hombro y sonrió.

—Tú también...

Todo se sentía extraño, como si fueran dos amantes que se conocían de toda la vida.

—Se acabó el vino —comentó Cam, sosteniendo la botella vacía—. ¿De dónde sacaste esas botellas, cariño?

Ella alzó la vista de golpe.

—No las traje yo. Pensé que tú las habías sacado de la bodega.

—Ya estaban aquí cuando llegué —aclaró él.

La sonrisa de Amelia se desdibujó de su rostro.

—¿Crees que lo que acaba de pasar entre nosotros fue...?

Cam la silenció con un beso.

—¿Sentiste algo? —musitó contra la comisura de sus labios.

—Sí.

—Yo también... —afirmó—. No se te ocurra manchar lo que sucedió con fantasías de vidas pasadas.

Ella asintió.

Él le sujetó el rostro entre las manos.

—¿Sabes lo que haré ahora?

—No...

Amelia lanzó un grito cuando Cam la alzó en brazos.

—Voy a bañarte, enjabonarte cada rincón de tu precioso cuerpo y, después, volveremos a hacer el amor...

—¿Sabes? El jacuzzi de la alcoba principal funciona muy bien.

—Excelente idea, cariño.

16. LA FIESTA DE LA FOCACCIA

EL PUEBLO estaba de fiesta, como cada año, a finales de agosto. Las calles se llenaban de conciertos, bailes y gastronomía. Era la fecha favorita de los panaderos, quienes esperaban ansiosos la oportunidad de exhibir la focaccia —un delicioso panecillo— para complacer los paladares de nativos y turistas. Y, como de costumbre, su familia ofrecía un cóctel para recibir a los vecinos antes de la procesión de antorchas que culminaba con fuegos artificiales en la fortaleza. Las reuniones que organizaba su madre solían ser las mejores de la villa: sacaba la vajilla especial y todos podían lucir sus mejores galas. A diferencia de otros años, Amelia no tenía el menor ánimo para celebrar.

Aquella mañana se había despertado sola y sin noticias de Cam. Después de la noche que habían compartido, pensó que podría nacer algo entre ellos. Jamás había sentido esa clase de conexión, tan extraña, como si se conocieran de toda la vida. Tal vez él se habría arrepentido y no se atrevía a decírselo. Un nudo se le formó en la garganta y tomó un sorbo de sidra, obligándose a sonreír cuando vio que su madre se acercaba. Marie lucía un vestido blanco que realzaba sus curvas con elegancia y aún conservaba la confianza de quien fuera reina de belleza tiempo atrás.

—No te quedes parada sin hacer nada, Amelia —susurró para que los invitados no la oyeran—. Se acabaron las trufas, ve por más a la cocina —le dijo, quitándole la copa de la mano—. La sidra tiene alcohol.

—¿Y qué con eso? —replicó, recuperando su copa.

—En tu estado no deberías beber —murmuró entre dientes.

Amelia soltó un suspiro.

—No estoy embarazada —dijo en voz baja—. ¿Puedes dejar de repetirlo?

—¿A qué hora llega tu prometido? —preguntó Marie—. Quiero presumirlo delante de todas estas chismosas.

Amelia parpadeó.

—Eh... —carraspeó—. No podrá venir.

Su madre afiló la mirada.

—Vaya, Amelia, empiezo a dudar de la existencia de ese prometido.

Dicen que el instinto materno nunca se equivoca. Pero ¿qué hijo reconoce tan fácilmente sus errores?

—Él existe... prometió llevarte a París para compensar su ausencia —soltó otra mentira más, total, una no haría diferencia.

Marie enarcó una ceja.

—Si quiere ganarse a su suegra, tendrá que esforzarse más que con un viaje a París.

Luego Marie se alejó para seguir recibiendo a sus invitados. Amelia se terminó la sidra de un trago y soltó un bufido. En ese momento, deseó estar en otro continente cuando estallara la verdad. ¿Había alguien más perdedor que ella?

Miró hacia delante y observó al carnicero, sentado en uno de los sillones de la sala, con una expresión que reflejaba el mismo aburrimiento que sentía ella. Sin pensarlo demasiado, se acercó y se dejó caer a su lado. Lo miró de reojo y, tras un instante, dibujó una sonrisa.

—De todas las personas aquí, eres el único a quien me alegra ver —comentó.

El rostro de él se distendió y esbozó una media sonrisa.

—Gracias, Amelia. También eres mi persona favorita.

—¿Sabes? Tienes mi aprobación.

El carnicero frunció el ceño.

—No entiendo...

—Sé que entre tú y mi madre ocurre algo —aclaró—. Deberían dejar de ocultarse.

—No sé de qué hablas —titubeó él—. ¿Qué te hace pensar eso?

Amelia puso los ojos en blanco.

—Todo el pueblo lo sabe, dejó de ser un secreto hace mucho —respondió—. Y apuesto a que estás harto de esconder tu amor por mi madre —se inclinó y añadió—: Estoy segura de que no dices nada porque ella te lo pidió.

—Ella no...

—Si esperas que mi madre lo haga público, te cansarás de esperar —continuó—. Te aconsejo ser tú quien dé el primer paso.

Él respiró hondo.

—¿Dices que todos están enterados?

—Sí.

—¿Y tú? Tu madre me habló de tu prometido.

—Sí, está trabajando en Londres, por eso no vino esta noche —resumió Amelia.

El carnicero la miró con afecto.

—¿Sabes que la verdad explotará tarde o temprano?

—Ahora soy yo quien no entiende...

—Amelia... pensé que nos teníamos confianza.

Ella cerró los ojos y suspiró.

—La mentira se me fue de las manos, y una cosa llevó a la otra.

—¿Y qué me dices del americano? —preguntó él.

Amelia se puso a la defensiva.

—¿Por qué lo mencionas?

—¿No viven juntos en la casa del señor Alfred?

—Sí, compartimos la casa por la herencia —se sintió obligada a aclarar.

—Pero parece que se llevan bien —comentó con cierta picardía—. Odette me contó que ayer pasaron por su casa.

—Vaya, veo que a mi tía le gusta soltar la lengua —replicó, molesta.

De pronto, la sala se quedó en silencio cuando Kamile bajó las escaleras luciendo un precioso vestido azul que Amelia no había visto antes. “¡Maldita sea!”, pensó al darse cuenta de que su hermana había estrenado uno nuevo. La pequeña princesa había cautivado a todos los invitados.

—Menos mal que entre tú y el americano no hay nada —comentó el carnicero.

Amelia frunció sus cejas castañas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tu hermana se lo está devorando con la mirada —respondió, señalándola con la barbilla.

Siguiendo su mirada, encontró a Cam entre los invitados. Al parecer, él había hallado la nota que Amelia le había dejado, indicándole dónde estaría. Sintió el corazón acelerarse. El amante de su madre le dio un codazo en las costillas.

—Hacen una linda pareja, ¿no crees?

El comentario le cayó como un golpe en el estómago. Y el hecho de que Kamile se pareciera tanto a Mariam le recordó las pocas probabilidades que tenía con Cam.

—¿“Linda pareja” solo porque ambos son guapos? —se quejó—. Me parece un punto de vista bastante superficial, ¿no?

El carnicero entrecerró los ojos.

—¿Te parece guapo el americano?

Amelia miró a Cam y apretó los labios al ver cómo él permitía que su hermana le acariciara el brazo. Se inclinó para tomar la bandeja sobre la mesita baja.

—Iré por más trufas... —murmuró, forzando una sonrisa mordaz.

Amelia apoyó las manos en la encimera y respiró hondo. Si Cam tuviera que elegir entre ella y su hermana, estaba claro que se inclinaría por Kamile. Se secó una lágrima con las yemas de los dedos. El americano le gustaba más de lo que quería admitir. “¡Maldita sea!”, pensó. Sacó una botella de sidra de la nevera y la destapó con tanta fuerza que el corcho salió disparado, rebotó en el aire y terminó dándole en la frente. «Estupenda la madre que me trajo al mundo», masculló en voz baja.

—¿Conque aquí estabas, eh? —se oyó la voz de Denisse a sus espaldas—. ¿Qué te ha pasado en la frente, Amelia?

Ella tomó un paño, puso hielo dentro y se lo llevó a la zona golpeada.

—El corcho de la sidra me dio de lleno.

—¿Sabes lo que significa eso? ¡Que te casarás pronto!

—Significa que estuve a punto de sacarme un ojo —refunfuñó Amelia.

Denisse se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—Hace días que no sé nada de ti, Amelia —la reprochó—. Si no supiera que estás comprometida, pensaría que me abandonaste por el americano.

Amelia tomó la botella y bebió un sorbo directo del envase espumoso.

—Olvidas el pequeño detalle de que Kamile anda detrás de él. Y ya sabes, nadie le ha...

—...Dicho que no —completó Denisse—. Me pone furiosa que Kamile siempre se salga con la suya. Lo único bueno es que, si él se la lleva, nos hará un favor.

—¿Crees que Cam se la llevará a América? —preguntó con un nudo en la garganta.

Denisse se metió una trufa a la boca.

—Le haría un gran favor al mundo si se la lleva —bromeó—. ¡Dios mío, Amelia! ¿Estás llorando? Te juro que te daré una buena bofetada si me dices que echarás de menos a Kamile.

A Amelia se le escapó una risita. Quería confesarle a su mejor amiga lo que sentía por Cam y lo que había ocurrido la noche anterior. Sin embargo, no deseaba arruinar la relación que Denisse tenía con Benito ni empujarla a alejarse de él por su culpa.

—Lloro porque me saldrá un chichón en la frente —dijo—. ¿Benito vino contigo?

Denisse negó con la cabeza.

—Tenía guardia en la estación de bomberos —comentó—. Desde ayer anda un poco raro —añadió—. Y si...

—¿Y si qué?

—Me temo que, ahora que nuestra relación es formal, haya perdido el interés.

Amelia pensó en lo mucho que había arriesgado al sostener su propia mentira para que Denisse y Benito pudieran estar juntos. Si él lo arruinaba todo, lo mataría con sus propias manos.

—Benito te ama... —afirmó, más por fe que por certeza.

—¿Cuándo podré conocer a tu famoso prometido? —inquirió Denisse.

Amelia se atragantó con la sidra.

—Pronto...

—¿Por qué no me dijiste que era conde?

«Porque es... muchas cosas», pensó Amelia.

—No me pareció importante.

—¿Te imaginas la cara de Kamile cuando te vea convertida en condesa?

Amelia imaginó la cara de todos cuando supieran que su prometido no existía. Abrió la nevera y sacó un pastel de chocolate para repartirlo entre los invitados.

—¿Podrías llevar el pastel a la sala? —pidió.

Denisse entrecerró los ojos.

—¿Por qué siento que cada vez que intento hablar de tu prometido, buscas cómo cambiar de tema?

—Bien, llevaré yo misma el pastel... —masculló Amelia, evadiendo el asunto.

17. CRUSE DE SENTIMIENTOS

AMELIA había estado esquivando a Cam en cada oportunidad que él buscaba hablarle. No se atrevía a mirarlo a los ojos y descubrir que no sentía nada por ella. Le costaba aceptar que lo ocurrido la noche anterior no significara nada, que solo se hubieran dejado llevar por la pasión. Se alejó de los invitados para tener un instante de paz. De pronto, alguien la sujetó del brazo y la arrastró al tocador. Se encontró atrapada entre la pared y el cuerpo fibroso de Cam.

—Un día de estos vas a matarme de un susto —murmuró ella, con un tono de queja.

La boca de él se curvó en una sonrisa lenta y traviesa.

—No me dejaste otra opción, cielo —susurró, acorralándola—. No lo habría hecho si no hubieras estado esquivándome desde que llegué.

Amelia apartó la vista.

—Parecías muy entretenido con Kamile, no quise interrumpir —expuso, dejando salir sus molestias.

Cam puso el dedo índice en su barbilla y trajo su rostro hacia él.

—¿Estás celosa, cielo? —inquirió con un matiz divertido.

Ella bufó. De ningún modo revelaría sus verdaderos sentimientos.

—Para sentir celos, primero tendrías que importarme —respondió, fingiendo indiferencia.

Él alzó una ceja ante su comentario.

—Mira, Cam, lo de anoche estuvo... bien...

—¿Solo bien?

—De acuerdo, fue excelente, pero ambos sabemos que no pasó de ahí.

—Habla por ti, Amelia —dijo él, apoyando las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza—. Me gustas, arpía, y no vas a librarte de mí tan fácilmente.

—¿Y Kamile?

—¿Qué hay con ella?

—Ella es tu Mariam —afirmó—. ¿No ves el parecido que tienen?

Él gimió y soltó un suspiro de fastidio.

—¿Otra vez con lo mismo? Empiezo a creer que usas a tu hermana como excusa porque temes admitir que te traigo loca, cielo.

—Deberías preocuparte por tu bajo autoestima —se mofó—. ¿Acaso Kamile no te parece una mujer condenadamente atractiva?

—Cualquiera reconocería eso —admitió él.

Amelia hubiera preferido otra respuesta. Apretó los labios y lo empujó, pero la fuerza de él era superior y en vez de alejarlo, lo atrajo mucho más.

—Eres un asno... déjame salir de aquí.

—Aún no he acabado —replicó él—. Kamile es hermosa, sí, pero tu belleza, Amelia, traspasa mis huesos. La hermosura exterior se marchita tan rápido como las hojas de la lechuga, cariño —deslizó el pulgar sobre sus labios—. Pero lo que sale de tu boca refleja tu corazón, y, por Dios, es precioso —acercó su rostro y rozó su nariz con la de ella—. Quiero que ese corazón tan terco sea solo mío.

Amelia sintió cómo se le encendían las mejillas.

—Y antes de que me hables de Mariam otra vez, quiero aclararte por qué no me encontraste a tu lado esta mañana —prosiguió él.

—¿Por mi mal aliento? —intentó bromear ella.

Un brillo pícaro se asomó en la mirada de Cam.

—Hueles a fresa, cielo —dijo con ternura—. Anoche leí todas las cartas de mi tío y descubrí que Mariam no era, en realidad, la mujer a quien él amó.

Ella parpadeó, confundida.

—¿Cómo dices? ¿Entonces a quién amaba?

—A Odette —contestó—. Las cartas que mi tío recibió mientras estuvo en la guerra no eran de Mariam: Odette se hizo pasar por su hermana.

Amelia frunció el ceño.

—El señor Alfred siempre decía que había sobrevivido a la guerra gracias a la idea de que su amada lo esperaba al volver. ¿Estás seguro de lo que dices?

Él asintió.

—Odette me lo confesó cuando fui a verla. Mariam nunca quiso a mi tío; lo usó para lastimar a su hermana porque sus padres preferían a Odette. Odette le contó la verdad a mi tío al regresar de la guerra, pero él no le creyó, seguía cegado por la belleza de Mariam.

Amelia sintió que todo se tambaleaba. Si Cam decía la verdad, había estado buscando señales equivocadas todo ese tiempo.

—¿Cómo supiste que era mi tía Odette quien escribía las cartas?

—Porque entre los papeles también había cartas auténticas de Mariam, donde admitía que despreciaba a mi tío y lo engañó para que no se fijara en Odette. Mi tío debió encontrar las cartas después de que compró la casa de los padres de Odette.

—¿Entonces llegó a saber que Odette era en verdad quien él amaba? —murmuró, sin salir de su asombro.

—Sí, pero cuando lo descubrió ya era tarde; encontró las cartas poco antes de morir —explicó Cam, ahuecando una mano en su mejilla—. Esa fue la razón por la que no me hallaste cuando despertaste, cariño, porque fui a entregárselas a Odette. Ella también tenía derecho a ponerle fin a su historia.

—¿Y qué decía la carta? —preguntó Amelia, intrigada.

—No lo sé, pero Odette se emocionó mucho mientras la leía.

Ella abrió la boca, boquiabierta.

—¡Esto es injusto! —protestó—. ¡Debía ser yo quien resolviera todo, no tú!

Cam curvó los labios con una sonrisa que a Amelia le habría gustado borrar de un bofetón.

—La historia no se habría resuelto sin ti. Fuiste tú quien encontró la maleta.

Amelia alzó una ceja con arrogancia.

—Sí, es cierto.

—¿Sabes? Creo que tu teoría no estaba del todo errada, solo buscabas a la mujer equivocada. Tú eres mi Odette, Amelia.

Ella le rodeó el cuello con las manos y se mordió el labio inferior.

—¿Eso crees, americano?

Él la sujetó por la nuca para acercarla más y se adueñó de sus labios con un beso exigente y apasionado. Abrió los ojos con lentitud cuando golpearon la puerta del tocador.

—¿Estás ahí, Amelia? —preguntó una voz al tiempo que giraba el pomo.

Cam le hizo señas para que no contestara, pero ella no pudo aguantarse.

—¿Denisse?

—¡Tienes que salir y ver lo que pasa en la sala!

Amelia oprimió una risa cuando Cam le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—Saldré en un segundo...

—¡Ahora, Amelia!

—¿Cuál es la urgencia?

—Abre la puerta...

Amelia le indicó a Cam que se ocultara en la ducha, tras la cortina, y luego abrió.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Denisse frunció el ceño, sospechando.

—¿Qué estabas haciendo?

—Solo me refrescaba la cara...

—El carnicero se le está declarando a tu madre en plena sala.

Amelia abrió los ojos de par en par. Jamás pensó que él se atrevería a tanto.

—¿Qué has dicho?

—¡Tienes que verlo! —exclamó Denisse—. Tu madre no sabe cómo reaccionar.

—Voy en un instante...

—¿Te imaginas si ella y tú terminan casándose el mismo día?

Amelia se aclaró la garganta. Necesitaba hablar con Cam y confesarle la mentira de su falso prometido. Sonrió como respuesta y cerró la puerta en las narices de su amiga. Luego corrió la cortina de la ducha.

—Ya puedes salir...

Cam salió del escondite y le lanzó una mirada por encima del hombro al pasar a su lado.

—¿Tu madre y el carnicero?

—El amor puede ser caprichoso.

—¿Y qué hay de tu prometido? —cuestionó él, con intención.

Ella lo silenció con un beso.

—No quiero perderme lo que está pasando en la sala —musitó, rozando su mandíbula con sus dientes.

—No creas que con un beso harás que me olvide de tu prometido.

Amelia deslizó el dedo índice sobre sus labios.

—¿Y si te doy muchos besos?

Cam entornó los ojos.

—No pienso ser el segundo plato de nadie, cariño.

Ella suspiró.

—Lo sé. Hablaremos luego, ¿sí?

Él rodeó la parte posterior de su cabeza con la mano, buscando su boca de forma posesiva.

—No tengas la menor duda de que lo haremos, nena —advirtió con seriedad.

18. ENTRE PROCESIÓN Y ANTORCHAS

AMELIA encendió una vela blanca y se la entregó a Cam. Era tradición del pueblo hacer una procesión nocturna sosteniendo velas, que concluía al pie de la fortaleza para contemplar los fuegos artificiales. Junto a los invitados, salieron a la calle y avanzaron lentamente por la avenida. Había tantas pequeñas bolas de fuego a su alrededor que parecía que el cielo había arrojado sus estrellas a la tierra.

Miró a Cam por encima del hombro y esbozó una sonrisa.

—Me gusta que estés aquí —comentó.

Él dirigió la mirada hacia ella. Sostuvo la vela con una sola mano y, disimuladamente, le acarició el brazo con ternura.

—Pareces un ángel, cariño.

Sus mejillas se tiñeron de un leve sonrojo.

—No digas tonterías...

De pronto, Kamile se interpuso entre ellos. Amelia soltó un gruñido cuando casi se quema con la cera derretida de la vela, y estuvo muy cerca de que su cabello se incendiara. Frunció el ceño.

—Ten más cuidado, Kamile —advirtió.

Kamile rodó los ojos.

—Todavía no puedo creer que mamá y el carnicero estén enamorados —confesó, consternada.

La reacción de Marie ante la declaración pública de amor del carnicero había dejado a todos atónitos. Amelia siempre pensó que su madre era una mujer fría, incapaz de mostrarse abiertamente con un hombre que no poseyera buena educación. Sin embargo, había dejado atrás a la reina de belleza y besado al carnicero como si fuera una adolescente. Su hermana menor apenas comprendía que, durante todos esos años, su madre había mantenido una relación con él.

—¿Y por qué creías que iba todos los días a la carnicería?

—¿Porque le gusta la carne?

—Ella es intolerante a la carne...

—¿Ah, sí? —inquirió Kamile, sorprendida.

Amelia negó con la cabeza.

—También existe vida más allá de tu ombligo.

Sabía que Kamile se sentía desorientada. Desde pequeña, su madre le inculcó que el amor se basaba en la posición social y el dinero. Descubrir que Marie —su modelo a seguir— estaba enamorada de alguien que, según sus prejuicios, pertenecía a una clase inferior, debía resultarle difícil de asimilar.

—¿Tú sabías lo que ocurría, Amelia? —insistió Kamile.

—Yo y todo el pueblo.

Kamile fijó la vista en el suelo, confundida.

—Me siento una idiota.

Amelia apoyó una mano en su hombro.

—Todavía estás a tiempo de cambiar, Kamile.

Su hermana la abrazó y le susurró al oído:

—El americano es todo tuyo.

Amelia frunció el ceño.

—No entiendo...

—No soy tan tonta como piensas, Amelia —repuso Kamile, guiñándole un ojo.

Se hicieron a un lado cuando un camión de bomberos avanzó hacia la multitud con la sirena encendida. El vehículo se detuvo, y Benito, vestido con su traje de trabajo, saltó de un brinco y se acercó a Denisse. Luego se arrodilló y abrió una pequeña caja aterciopelada. ¡Madre mía! Estaba a punto de pedirle matrimonio. Amelia se llevó una mano al pecho, emocionada.

—Es que todo el mundo planea casarse antes que yo —protestó Kamile en voz baja.

Denisse miró a Amelia antes de aceptar la propuesta de Benito. Al menos una de ellas no terminaría solterona, pensó Amelia, rodeándose la boca con una mano y soltando un grito de

alegría por la pareja feliz. Si su mentira había tenido un aspecto positivo, definitivamente era aquel. Todos los presentes rieron cuando Benito alzó a Denisse en brazos, la subió al camión de bomberos y se alejaron con la sirena encendida.

Amelia sacudió los hombros cuando el pulgar de Cam le secó una lágrima de la mejilla. Bajó la mirada y esbozó una ligera sonrisa.

—Seguramente piensas que soy una idiota.

—Pienso que eres hermosa —se inclinó hacia ella y añadió—. Y no te imaginas las ganas que tengo de besarte en este momento. Espero que estés lista para que esta noche te haga el amor una y otra vez.

Un calor ardiente recorrió todo su cuerpo.

Detrás de ella, escuchó los ladridos de unos caniches y un murmullo: «¡Qué desvergonzada!», «Pobre de su prometido, se aprovecha porque él está lejos», «¿No estaba embarazada?», «Debe querer endosarle el hijo a otro». ¡Estupendo!, pensó Amelia. La gente de su pueblo defendía a alguien que ni siquiera existía. Si no aclaraba las cosas en ese instante, sería el mayor chisme de la villa.

—Cam... hay algo que debo decirte —se atrevió a soltar.

«Seguro le dirá que el hijo que espera no es de él», murmuró la dueña de los caniches.

—Espera un segundo... —dijo Cam, mirando hacia el castillo—. Creo que están a punto de lanzar los fuegos artificiales.

Amelia apoyó una mano en su brazo para detenerlo, bloqueando el paso de la procesión.

—No estoy comprometida —confesó.

Él volcó por completo su atención en ella.

—Me lo imaginé. Nunca creí tu historia: a tu dedo siempre le faltó un anillo.

Amelia tragó saliva.

—Lo que intento decir es que... no hay compromiso porque no hay novio.

Un murmullo se alzó a sus espaldas, seguido de un sonoro «¡Oohhh!» que confirmaba que tenían audiencia. En cuestión de segundos, varias miradas curiosas se posaron sobre ellos.

Cam frunció el ceño, confuso.

—¿Él te dejó?

Amelia negó con la cabeza, sintiendo el calor subirle a las mejillas.

—Él nunca existió.

«¡Já! ¡Ya lo sabía! ¿Quién iba a creer que Amelia se casaría con un conde?» se oyó entre la multitud, seguido de risitas que hicieron que Amelia deseara desaparecer.

—Fue algo que empezó de manera inocente y creció como una bola de nieve que no pude detener —explicó, avergonzada.

Cam apagó su vela de un soplido.

—Una mentira siempre es una mentira, Amelia.

—Lo sé. De verdad lo siento —extendió el brazo para acariciar su hombro—. Cam... yo...

Él dio un paso atrás y sacó el teléfono del bolsillo trasero cuando empezó a sonar.

—Debo atender esta llamada —respondió con frialdad, y se perdió entre la multitud de la procesión.

Amelia entendió que lo había perdido antes incluso de haberlo tenido. Se mordió el labio inferior y bajó la cabeza, sintiendo el corazón en un puño. Una mano sobre su hombro la hizo volver en sí.

—Te perdonaré —la consoló Kamile—. Le gustas, Amelia. No ha dejado de hablar de ti: lo hizo durante nuestra cita y también esta noche mientras bailábamos. ¿Puedes creer que ni siquiera miró el escote de mi vestido?

Su hermana consiguió sacarle una sonrisa.

—Ese americano es la persona más egocéntrica que he conocido... pero lo quiero.

—Lo sé...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque leo tu diario.

—¡Kamile! —exclamó.

Su hermana la abrazó con fuerza, y fue la primera vez que Amelia la sintió realmente interesada en algo que no fuera ella misma. La fortaleza se iluminó y los fuegos artificiales comenzaron a estallar en el cielo.

19. ENTRE CONFESIONES Y REVELACIONES

HABÍA pasado la noche en la casa de su madre; no tuvo el valor de enfrentar a Cam. Supuso que seguía molesto porque no había regresado después de la llamada que recibió. Amelia consideró que lo más sensato era darle unas horas para calmarse. Apoyó la frente sobre la mesa y suspiró. La espera se le hacía eterna. Los panes saltaron en la tostadora, y ella se levantó de la silla para colocar las tostadas en un plato, luego sirvió café en una taza.

—Pero mira quién se ha despertado, la pequeña mentirosa —murmuró su madre a sus espaldas.

Amelia cerró los ojos y contó hasta tres. Se preparó para la catarata de reproches. Dio un sorbo a su café y se giró.

—Si tienes algo que decirme, hazlo más tarde, no estoy de humor para que me digas en qué te he decepcionado.

Marie se sentó y apoyó los codos sobre la mesa.

—Debí imaginar que todo era un engaño en cuanto oí que tu prometido era conde, trabajaba en el servicio de inteligencia o que era un médico sin fronteras —empezó a enumerar—. De veras quise creer que por fin te habías enamorado.

Amelia sujetó la taza con fuerza y sonrió con ironía.

—¿O quisiste creer que por fin te desharías de mí?

—¿Por qué me atacas siempre, Amelia? —protestó su madre.

—Lamento no ser como Kamile... una preciosa princesita que le sobran candidatos.

—Tú y tu hermana no tienen nada en común.

—¡Lo sé! —exclamó, agotada—. Y me lo has recordado todos los días de mi vida.

—Kamile es frágil y débil; siempre necesitó mi contención —musitó Marie, hundiendo la cuchara en el frasco de mermelada—. Pero tú, Amelia, eres fuerte, independiente; podrías desenvolverte en esta vida sin un hombre. ¿Sabes? Me habría gustado ser como tú, pero mis padres me educaron para casarme, y no quise repetir ese patrón contigo. Tú eres distinta, Amelia.

Ella bajó el mentón y la miró, sorprendida.

—¿No te avergüenzas de mí?

Marie se levantó de la silla, rodeó la mesa y se acercó a su hija.

—Por supuesto que no, cariño —respondió, acariciándole una mejilla—. Si me centré más en Kamile es porque ella se parece más a mí y nunca ha sabido valerse por sí sola.

—Tal vez deberías confiar más en Kamile y dejar que tome sus propias decisiones.

—Lo sé y no me gusta admitirlo —asintió Marie—. Pero Kamile me hace sentir madre; en cambio, tú me has apartado de tu vida y, la mayoría del tiempo, actúas como si yo fuera tu hija. Soy tu madre y quiero cuidarte, Amelia.

Sintió una punzada en el pecho y se arrojó a los brazos de su madre.

—Yo también quiero que me cuides, mamá.

Kamile aclaró la garganta al entrar en la cocina.

—No quiero interrumpirlas, pero hay algo importante que debes saber, Amelia.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas a Peter? El que tiene una flota de taxis.

Amelia asintió.

—Él siempre estuvo enamorado de mí —recordó Kamile, acomodándose el cabello detrás de los hombros—. Me acuerdo de cuando me trajo un ramo de rosas y le dije que era alérgica a las flores, el pobre no supo...

—Ve al grano, Kamile —le pidió Amelia.

—Peter me avisó que Cam lo contrató para que lo lleve al aeropuerto.

Amelia abrió mucho los ojos y se tapó la boca con ambas manos.

—¿Cam se va del pueblo? —inquirió, aterrada.

—¿Por qué otra razón iría al aeropuerto? —replicó su hermana, sacudiendo la cabeza—. Después dicen que la tonta soy yo.

Marie apoyó una mano en el hombro de Amelia.

—¿Te has enamorado del americano?

Ella exhaló un suspiro largo.

—Sí... ese idiota me robó el corazón.

—Entonces ve tras él.

—Pero si decidió volver a su país es porque no me quiere...

—Tendrá que decírtelo en la cara —respondió su madre.

—¿Y si ya se fue?

—Aún no se ha ido —intervino Kamile—. Llamaré a Peter para que retrase el viaje lo más que pueda.

Amelia se mordió el labio inferior y miró a Marie.

—¿Crees que sea buena idea?

—Mueve ese trasero y ve por ese malnacido de una buena vez.

Tanto Amelia como Kamile se miraron una a la otra y soltaron una carcajada.

—¿Marie L'Amour acabas de insultar?

Su madre arqueó una ceja con altivez.

—La situación lo amerita. Y deja de perder el tiempo, Amelia.

Ella asintió y salió corriendo. Se detuvo en seco bajo el marco de la puerta y se giró.

—Voy a necesitar que todo el pueblo me ayude.

20. TÚ DE AQUÍ NO TE VAS

POR ENÉSIMA vez, el chofer del taxi volvía a frenar el coche.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Cam, molesto—. Tengo que llegar al aeropuerto.

El conductor lo miró por el retrovisor.

—¿Está seguro de que no quiere quedarse? Hoy es el último día de la fiesta, y en la calle pasean la focaccia gigante. Todo el mundo coge un pedazo... ¡es deliciosa!

Cam contempló el exterior por la ventanilla y tomó aire.

—En dos horas debo estar en el aeropuerto. ¿Crees que podrás llevarme?

—¡Oh, claro!

—Estupendo... —farfulló con un toque de ironía.

—Después de que cambie la rueda de auxilio —añadió el chofer, saliendo del vehículo.

Cam soltó una maldición para sí. Parecía que aquel hombre tramaba todo tipo de maniobras para impedirle llegar al aeropuerto. Miró la hora y se bajó del coche para seguirlo.

—Peter, ¿no es así?

El conductor abrió el maletero, sacó la rueda de repuesto y la dejó en el suelo.

—Esto estará listo en un minuto...

—No puedo seguir esperando. Buscaré otro taxi —Cam sacó la billetera y le tendió unos billetes—. Quédate con el cambio.

En ese instante, un camión de bomberos pasó junto a ellos con las sirenas encendidas; giró frente a la salida y se estacionó atravesando la avenida, bloqueando la única vía de escape de la villa. “¿Qué demonios sucede?”, pensó. Les hizo señas para que despejaran el camino, pero nadie bajó del vehículo para darle una explicación. Se volvió hacia Peter y preguntó:

—¿Cómo salgo de este pueblo?

—Bajando por las colinas —contestó el chofer con naturalidad.

Cam se llevó los brazos a la cintura y contempló el panorama. El sol brillaba intensamente,

y caminar bajo ese calor no era opción. De pronto, más coches empezaron a llegar y se ubicaban de tal forma que obstruían el paso, igual que el camión de bomberos.

—¿Pero qué diablos es todo esto? —gruñó, sin comprender.

Peter se encogió de hombros.

—Ni idea...

Cam se volvió al oír que otro vehículo frenaba de golpe, justo detrás de él. Se trataba de un tractor que transportaba la focaccia gigante, decorada con guirnaldas de flores y colocada sobre una base de ramas. El sol le daba de pleno en los ojos, impidiéndole ver quién conducía.

—¡Cam! —gritaron.

Él frunció el ceño.

—¿Amelia?

Ella bajó del tractor y corrió hacia él.

—¡No te vayas, Cam! —le rogó.

Cam se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo.

—¿Tú organizaste todo esto? —preguntó, sorprendido—. ¿Toda esta gente viene contigo?

—Sí —admitió—. No iba a dejar que te fueras sin escucharme antes. Una vez te dije que ellos estarían si los necesitaba.

Cada vez llegaban más coches, y daba la impresión de que todo el pueblo había decidido impedirle la salida. Cam se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—Di lo que tengas que decir, Amelia L'Amour. Debo llegar al aeropuerto.

Ella acortó la distancia que había entre los dos.

—¿De verdad te irás?

—Sí.

Un murmullo de decepción se propagó entre la multitud.

—No quise engañarte, Cam —dijo—. Pero todo lo que te dije sobre lo que siento, es cierto.

—¿Y qué sientes?

Amelia se inclinó hacia él y susurró:

—¿Podríamos hablar en un sitio más privado? —indicó con la cabeza el taxi—. No quiero que nadie escuche.

Cam miró a su alrededor. Prácticamente estaba presente medio pueblo, y supuso que no era justo dejarlos con la intriga, después de todo, ella los había convocado.

—Este sitio me parece perfecto.

Ella apretó los labios, y, como él ya la conocía bien, supo que no pasaría mucho tiempo antes de que explotara.

—¡Bien, lo haré aquí, si es lo que quieres! —exclamó—. Siento que nacimos para estar juntos pese a nuestras diferencias. Me late el corazón a mil cada vez que te tengo cerca, y no voy a dejarte marchar tan fácilmente de mi vida —se limpió una lágrima con el pulgar y continuó—. ¡Maldita sea! ¡Hasta cantamos la misma canción! No creo que sea casualidad que el destino nos haya cruzado. ¡Te amo, Cam! ¿No dirás nada?

Los labios de él se curvaron en una sonrisa. Tomó su mano y la acercó contra su pecho. También a él se le aceleraba el corazón cuando ella estaba cerca.

—Yo también te amo, cariño —confesó, acariciándole la mejilla con la nariz.

Amelia sollozó y ocultó la cara en su hombro.

—No es cierto... —susurró.

Él la miró fijamente a los ojos para que entendiera que hablaba en serio.

—Te amo, Amelia L'Amour —repitió en voz baja.

—¿Y entonces por qué te ibas?

—No tenía la menor intención de dejarte, cielo —la contradijo, apartándole con cuidado un mechón de cabello de la frente.

—¿No ibas al aeropuerto? —replicó ella, con cierto nerviosismo.

—Sí, pero solo para recoger a mi madre —aclaró—. Pensaba organizar una cena para que la conocieras. Y con respecto a tu supuesto prometido, fue un alivio descubrir que no existía; ni por un instante repetiría la historia de mi tío.

—¿Entonces nunca planeabas irte del pueblo?

—No.

—¿Y me hiciste creer lo contrario?

Cam se encogió de hombros.

—Tal vez un poco.

—Disfrutaste de mi declaración de amor delante de todos, ¿verdad? —inquirió, apretando los dientes.

—No sabes cuánto, cielo.

El sonrojo de Amelia se hizo más intenso.

—¡Americano narcisista! Eres... eres...

Él le sujetó el rostro entre las manos y la silenció con un beso, que lo espectadores pedían a gritos.

—Tráeme una escalera y te bajaré una estrella... —murmuró Cam contra su boca.

—...Para que brilles dentro de mí eternamente —concluyó ella.